LA CULTURA PIPIL DE CENTRO AMERICA



LIC. MIGUEL ARMAS MOLINA

LA CULTURA PIPIL
DE
CENTRO AMERICA

Hecho el depósito
que marca la ley.

Primera edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación.
San Salvador, 1974.

Segunda edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación.
San Salvador, 1976.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145. San Salvador,
El Salvador, C. A.

MIGUEL ARMAS MOLINA

LA CULTURA PIPIL DE CENTRO AMERICA



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

DEDICATORIA

A los distinguidos maestros:

Dr. Wigberto Jiménez Moreno

Dr. Miguel León Portilla

Lic. Alfredo López Austin

Prof. Vicente Villanueva

Dr. Stanley H. Boggs

Dr. Alejandro Dagoberto Marroquín

INTRODUCCION

Me decidí a realizar esta pequeña labor de investigación en vista de que hasta el presente pocos se han interesado en estudiar el pasado histórico-legendario del pueblo pipil, considerando, además, que entre quienes han abordado el estudio de este tema, en su mayoría han tratado sólo aspectos parciales y el resto de ellos apenas hacen breves menciones de los pipiles al tratar lo relativo a otros pueblos indígenas de Mesoamérica.

Es necesario aclarar que el nombre de pipiles con que se conocen los pueblos de habla náhuat que habitaban, al tiempo de la llegada de los españoles, principalmente la región sud-oriental de Guatemala y lo que hoy es la República de El Salvador, es el que les dieron los mexicanos que vinieron con los conquistadores. De este nombre hay varias definiciones, una de ellas es que proviene de **pipil** = niño, y que así los llamaron porque hablaban un lenguaje parecido al de los niños; otra es que se origina de **pilli** = caballero o persona noble. Es probable que se hayan conocido con otro nombre genérico, pero no se tienen referencias de ello, aunque a lo mejor recibieron el nombre de la ciudad principal de su señorío o región a que pertenecían; así pues, bien podríamos referirnos a los panatacatecas (de Panatacat o Escuintla), coxcatecas (de Coxcatan), etc.

Cuando contemplamos los restos materiales de la cultura de estos pueblos indígenas nos llenamos de profunda admiración, y al echar un vistazo retrospectivo hacia el instante en que los autores de esas obras creaban cada uno de los elementos que distinguimos en su cultura, no debemos sino considerar y valorar con criterios más amplios esas creaciones, desligándonos lo más posible del patrón europeo que nos ha servido de punto comparativo durante mucho tiempo.

Podemos observar en cada objeto arqueológico, en cada "tepalcate", en cada piedra labrada, las huellas de la mano del artista que los modeló, que los creó; las huellas de la sociedad en que vivían, su indumentaria, sus costumbres, su religión, sus formas de obtener y utilizar los recursos naturales.

En la raza indígena centroamericana al mezclarse con la española, encontramos el principio de nuestra nacionalidad. Nuestro modo de ser está impregnado de esa herencia cultural y biológica que nos legaron esos antepasados indígenas.

La cultura indígena americana ha ocupado un lugar de importancia en nuestra historia, pese a la opinión de algunos que piensan que sólo la cultura europea tiene un destacado valor en la formación de nuestra estructura político-social y que tienen la idea del indio como un ser inculto y despreciable cuyo destino era someterse a toda clase de vejámenes e ignominias y a quienes en nombre de la "cultura occidental" y del cristianismo, los pueblos europeos podían robar sus tierras y su libertad y hasta negarles el derecho de ser considerados hombres.

Nadie puede negar que el castellano que se habla desde México hasta Argentina y Chile, está matizado de regionalismos y de voces nativas de las lenguas indígenas que se hablaban o aún se hablan a lo largo del continente americano. Nadie puede negar la herencia biológica del indio en el mestizaje, pues la composición étnica de muchos países de América está integrada en su mayoría de mestizos e indios.

En este breve ensayo sobre la cultura pipil de Centro América, trataré de exponer de una manera sucinta todo lo relativo al origen, distribución geográfica de la población y logros culturales de este pueblo.

Deseo con ello despertar el interés por investigar más a fondo todo lo referente a la cultura de estos indígenas, tanto en el aspecto arqueológico como en el etnográfico, lingüístico e histórico, así como en las proyecciones de esa cultura prehispánica sobre la composición étnico-cultural y social de la población actual de Centro América.

En este ensayo trataré de esbozar únicamente el aspecto histórico-cultural de los pipiles. Serán otros investigadores quienes estudien su comportamiento, vínculos raciales, diferencias lingüísticas, estructuras sociales, etc., de los descendientes de estos indios que aún viven en algunas poblaciones de reconocida filiación pipil.

Se ha discutido mucho sobre el origen de estos indios, pero de acuerdo con las tradiciones indígenas y a los estudios arqueológicos realizados

en los últimos años se ha podido reconstruir, en parte, su pasado y las distintas migraciones que los trajeron a Centro América, tan lejos, como hasta Costa Rica y a Panamá.

De estas migraciones pipiles, unos grupos se establecieron en la costa sur de Guatemala, otros en El Salvador y los restantes continuaron hacia el sur poblando Honduras y Nicaragua.

Al establecerse en la región centroamericana recibieron influencias de los distintos centros locales de población de este territorio, así como de sus vecinos del área maya, creando de esta manera diferencias regionales en sus diversas zonas de asentamiento, aun cuando habían tenido la misma base cultural de los pueblos nahuas de México.

Como estos pueblos, en la época a que nos referimos, tenían como actividades fundamentales la caza, la pesca y la explotación de la tierra para obtener los materiales más indispensables para su alimentación, vestido y vivienda, es de suponer que las causas principales que tuvieron para realizar sus migraciones fueron, en primer lugar, motivos de carácter religioso que les impulsaron a buscar otros sitios para poblar siguiendo el "mandato" de sus dioses, tal como sugieren el Popol Vuh y el Memorial de Sololá, al mencionar las migraciones de los quichés y de los cakchiqueles.

Podemos agregar a esta causa religiosa el hecho de que ya casi todas las tierras fértiles estaban ocupadas y el carácter agresivo y dominante de algunos pueblos fueron también una poderosa presión para que varios grupos dispusieran emigrar en busca de tierras donde pudieran vivir libres de opresiones, en compañía de aquellos pueblos que les ofrecieran menos obstáculos o resistencia, tal como ocurrió posiblemente con la llegada de los pipiles a Centro América. Podemos decir, pues, que la necesidad de mejores sitios de caza, nuevas tierras para asegurar su alimentación, las presiones de otros pueblos y sus concepciones religiosas fueron las causas que hicieron emigrar a estos nahuas hacia el sur.

Estos emigrantes, sin lugar a duda, trajeron consigo la base cultural necesaria para realizar con cierta eficiencia la satisfacción de sus necesidades vitales, utilizando los productos animales y vegetales que podían obtener en este su nuevo ambiente. Poseían ya una incipiente artesanía que les permitía elaborar varios objetos de uso doméstico, cestería, cerámica, tejidos, preparación de pieles, etc. Traían también los conocimientos del calendario, numeración y escritura y los fundamentos de una religión organizada.

En los restos arqueológicos que nos dejaron estos pueblos indígenas está palpable la huella que nos habla de su adelanto cultural; nos dice

de los diferentes estilos de su arte, de sus costumbres, de su vida religiosa y doméstica. En ellos está impresa, en todas sus formas, la sociedad que los produjo.

Escogí este tema tomando en cuenta la importancia que tiene el conocimiento de la base cultural indígena para poder explicarnos muchas de las cuestiones que han afectado el proceso histórico del país. Son, desde luego, los pipiles, antepasados de la mayoría de los salvadoreños, el objeto de este ensayo.

Espero que mis esfuerzos al realizar este pequeño trabajo (en el cual he tratado de reunir la mayor parte de la información disponible hasta la fecha sobre los diversos aspectos de la vida cultural de los pipiles) se vean compensados con la satisfacción de que sea de utilidad a mis compañeros maestros, a los estudiantes y sea un estímulo para todos aquellos que se interesan por el pasado histórico del país y lo amplíen o complementen con nuevos aportes, aumentando así la historiografía salvadoreña en lo referente a las culturas prehispánicas de Centro América.

I ORIGEN Y MIGRACIONES DE LOS PIPILES

Al hablar del origen de los pipiles de Centro América es necesario aclarar que de la discusión acerca del origen del hombre americano y de su antigüedad en América, en la que todavía hay muchas controversias, podemos decir que es muy probable que el hombre americano haya venido de Asia pasando por el estrecho de Behring hace veinte o quince mil años y que penetró en oleadas migratorias con intervalos de miles de años surgiendo entre unas y otras migraciones diferencias raciales y lingüísticas. Ya en las frías regiones de Alaska, Canadá y Estados Unidos, vagó mucho tiempo en esas extensas tierras y de allí penetró al territorio mexicano en distintas épocas y por diferentes lugares. Creó en estas nuevas tierras una cultura rudimentaria con los principios de una agricultura incipiente y el uso de artefactos de barro y de piedra. De México pasó al resto del Continente a través de Centro América, siendo éste el camino obligado para sus migraciones hacia el sur.

En cuanto al tema que nos ocupa, el origen de los pipiles, podemos afirmar que éstos eran descendientes de pueblos asentados en el México central y que migraron a estas tierras allá por los siglos VII y VIII de nuestra era, como se explicará más adelante, y que a la época en que vinieron acá ya habían alcanzado un nivel cultural bastante notable: practicaban la agricultura, tenían una religión organizada, una estructura social y política, arte, arquitectura, cerámica doméstica y ornamental, calendario, conocimientos astronómicos, numeración y escritura.

Es indiscutible el parentesco de los pipiles con los nahuas mexicanos, pues lingüística y culturalmente son pueblos que tienen la misma base étnico-cultural, cuyas diferencias regionales se deben al contacto con otros

pueblos vecinos o a que desarrollaron independientemente algunas características diferentes después de su separación, como fue el caso sorprendente del desarrollo de los aztecas en México-Tenochtitlán.

Al discutir el problema del origen de los pipiles de Centro América, Cyrus Thomas[1] da la siguiente explicación: Las varias tribus del tronco náhuatl o mexicano encontradas en Guatemala, Nicaragua y otras partes de Centro América, de acuerdo a sus tradiciones, y así está aceptado que migraron de una región del norte, a lo menos del México central. Parecería, por esta razón, de la evidencia, que las tribus y troncos de México y Centro América, excepto los miembros del tronco maya, que forman una excepción, migraron en tiempos "prehistóricos" de localidades más al norte de las que se encontraban ocupando a la venida de los españoles.

Hemos dicho que los pipiles procedían del área central de México y que eran descendientes de los pueblos nahuas que habitaron ese territorio y que de allí migraron hacia el sur poblando Centro América; nos resta decir qué pueblos, de los muchos que vivían en esa región, fueron los que migraron a estas tierras. Se cree, con bastantes argumentos en favor, algunos de los cuales se van a exponer en el desarrollo de este capítulo, que los pipiles fueron restos de los grupos de teotihuacano-cholultecas que emigraron hacia el sur en los siglos VII y VIII de nuestra era y que se establecieron primeramente en la región del actual Estado de Veracruz, y más tarde, acosados por sus enemigos los olmeca-xicalancas tuvieron que abandonar dicha región para dirigirse hacia las tierras de las actuales repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua.

Probablemente esta migración de los pipiles desde el norte hacia el sur no se efectuó en una sola marcha sino por etapas de diferente duración, según los lugares por donde tuvieron que pasar y los diferentes obstáculos que se les oponían como por las distintas necesidades que tenían que afrontar; es de suponer que dicha migración duró muchos años y que estos migrantes fueron afectados por los pueblos que encontraron a su paso. Además, durante esa marcha dejaron grupos de gente que se quedaba en los sitios de la ruta y que ya no querían continuar.

El eminente historiador mexicano Wigberto Jiménez Moreno nos habla del origen de los pipiles asociándolo con cuatro migraciones:[2] la primera realizada desde Teotihuacán, a la caída de este gran centro cultural, allá por el año 650 d. C.; estos migrantes teotihuacanos se establecieron en las costas del Golfo, en el actual Estado de Veracruz; la segunda, de los teotihuacano-cholultecas, que se vieron obligados a abandonar Cholula allá por el año 800 d. C.; la tercera, realizada desde esta región del sureste de México hacia Centro América. Estos últimos, como habían establecido

contacto con las culturas del Golfo trajeron consigo los elementos de esas culturas; esto explica —nos dice—, seguramente, la expansión hasta aquí de los yugos, palmas y hachas[3].

Hubo, además, una cuarta migración, pero ésta en sentido inverso de las anteriores, o sea del sur hacia el norte, procedente de Huehuetlapallan (según Melgarejo Vivanco, situada en la región de Coatzacoalcos, Estado de Veracruz) y que llegó hasta Tula donde con el nombre de "nonualcas" colaboró al lado de los tolteca-chichimecas que hacia el año 900 d. C. formaron su imperio[4].

Al explicar la migración de los teotihuacanos a Centro América, Jiménez Moreno refiere: "En efecto podemos suponer, con cierto fundamento, que los "tlamatinime" o sabios que emigraron a Guatemala, eran precisamente aquellos grupos dispersos de teotihuacanos cuyas huellas se advierten en Copán y Santa Lucía Cozamaloapan[5] —aparte de otros lugares— según hemos explicado, y así se comprende que en el Popol Vuh y los Anales de los Cakchiqueles se encuentren al lado de referencias que en buena parte atañen a la Tula del horizonte Postclásico, otras que creemos conciernen a Teotihuacán, la primera ciudad que, siendo una metrópoli de los nahuas amalgamados, acaso desde la fase tercera, con mazateco-popolocas, recibió en la lengua de aquéllos el nombre de Tollán primero que ninguna otra"[6].

Más adelante, Jiménez Moreno, al referirse a esas migraciones expresa: "Torquemada nos ha conservado la tradición de los pipilnicarao conforme a la cual éstos se habían visto obligados a emigrar desde una región que, según Lehmann, estaba al sur de Cholula —y probablemente al norte de Tehuacán—, arribando a los Tuxtlas, y de allí a los despoblados de «Soconusco»; pero, perseguidos siempre por los olmecas[7], fueron más adelante, a los territorios que ocuparon en Centro América"[8].

Reforzando sus argumentos sobre las migraciones y dispersión de los pipiles, Jiménez Moreno nos dice: "Creemos que la dispersión del complejo yugo-hacha, desde el sur de Veracruz hasta Nicaragua, está asociada a la migración de los pipiles, a través de los territorios que se encuentran entre una y otra zona. Claro está que, en un ámbito tan amplio, tendrían que surgir culturas con rasgos peculiares que las diversificaran, debido al sustrato cultural al que se sobreponían, y a los influjos de sus vecinos, a los que estaban expuestos. Así en el Baúl y Santa Lucía Cozamaloapan, de Guatemala, se desarrolló un estilo que no podría confundirse con el propio de los nicaraos, a pesar de que podemos referirnos a una corriente migratoria más o menos homogénea"[9].

Es decir que los pipiles absorbieron a su paso durante su migración muchos de los elementos culturales de los pueblos que encontraron en su ruta, modificando su base cultural que traían del centro de México, lo que

explica las semejanzas y particularidades del arte pipil con el de los otros pueblos del área central mexicana.

Jiménez Moreno explica el enfrentamiento de los pipiles y los mayas en el territorio centroamericano analizando las influencias pipiles en el arte de lugares típicamente mayas, de la manera siguiente: "Los pipiles pudieron contribuir al derrumbe del mal llamado «Viejo Imperio» maya pues entre otras cosas coincidió con el progresivo abandono de ciudades a lo largo de rutas por las que esos inmigrantes tal vez transitaron, y es muy significativo que, tanto en Palenque como en Copán se encuentran «yugos» inmediatamente después que esas ciudades cesaron de registrar en piedra fechas calendáricas"[10]. Por otra parte —nos dice más adelante este mismo autor— en el centro ceremonial hondureño parece haberse retratado en piedra a los pipiles, a fines del siglo VIII. Seguramente éstos asediaron a los grupos mayenses en la frontera oriental; debió ser difícil mantener en jaque a gentes combativas como ellos[11].

Al tratar las migraciones pipiles S. K. Lothrop afirma que los indios pipiles de El Salvador, de acuerdo a sus tradiciones, eran descendientes de uno de los grupos toltecas que emigraron a la caída de su imperio en el siglo XI d. C. Dice, además, que la fecha de la llegada de los pipiles a El Salvador es incierta, a pesar de que presume que ninguno de los restos arqueológicos dejados por ellos en El Salvador antecede a la conquista en más de tres o cuatro centurias[12].

Parece que Lothrop se refiere allí a una migración tolteca muy posterior a las migraciones teotihuacano-cholultecas a las que he hecho referencia anteriormente; es probable que hayan llegado a Centro América grupos de toltecas a raíz de la migración de éstos a la caída de Tula, pues se hallan influencias culturales toltecas en el arte y religión de los pipiles; pero estos toltecas llegaron posiblemente dos o tres siglos después que los pipiles; además no se descarta la existencia de una relación comercial de los pueblos de México con los de Centro América que pudo haber sido el vínculo para que se trasmitieran ciertos elementos característicos de las culturas posteriores dominantes en el norte. Lo que sí me parece incorrecto es que le haya asignado solamente tres o cuatro siglos de antigüedad (anteriores a la conquista) a los restos arqueológicos de los pipiles de El Salvador, pues en este país se han encontrado sitios que presentan una secuencia continua de ocupación desde el período preclásico hasta la época de la invasión castellana. Falta determinar, desde luego, quiénes eran verdaderamente los ocupantes de este territorio antes de la llegada de los pipiles y cuáles restos culturales pertenecen exclusivamente a éstos.

John Eric Thompson[13] corrobora el origen teotihuacano-cholulteca de los pipiles, afirmando lo siguiente: "Dos grandes grupos migraron de Soconusco. Uno de antecesores cholultecas, cuyos descendientes están en

Nicaragua (los nicaraos), estaba compuesto de mexicanos de la tierra del Anáhuac que vivían en la costa. Estos grupos fueron conquistados por sus viejos enemigos, los olmecas, más o menos siete u ocho generaciones antes del registro de esta historia. Debido a la opresión de los olmecas migraron los dos grupos; los nicaraos siguieron la costa del Pacífico, cruzaron Guatemala, dejando a su paso ciertos destacamentos que se establecieron en lugares como Ezalco (la moderna ciudad de Izalco, El Salvador), Mictlan (la moderna Asunción Mita) e Izcuintlan (la moderna Escuintla), y fueron allá llamados pipiles".

Jiménez Moreno establece que el inicio de la "tiranía" olmeca en Cholula, fue el año 792 d. C., a lo menos 52 años antes, o sea el 740 d. C., en que esta ciudad cayó en poder de los olmecas, desalojando éstos a los teotihuacanos que se habían establecido allí a la caída de Teotihuacán (650 d. C.)[14]

Esa migración, como ya hemos dicho, pudo haber ocurrido más o menos por el año 800 de nuestra era.

El ya citado autor, John Eric Thompson, al referirse a los pipiles de los altos de Guatemala, establece que el origen de esos grupos indígenas puede estar relacionado con una temprana expansión de los pipiles, pues aún quedan —nos dice— bolsones aislados de grupos de habla nahua dentro de áreas ocupadas por pueblos mayanses[15].

Walter Krickeberg hace un análisis de las migraciones de los distintos pueblos indígenas a la meseta central mexicana y a Centro América. En cuanto a la migración de los aztecas refiere que éstos llegaron en tiempos relativamente recientes, procedentes de territorio norteamericano y que lingüísticamente pertenecen a los «uto-aztecas». También menciona que al sur, en las costas del Pacífico de Chiapas, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, se encuentran fragmentos de origen nahua y que esta vanguardia sureña se designa en su conjunto con el término azteca de pipiles que significa tanto «príncipes» (es decir «clase gobernante») como «hijos» (es decir descendientes del pueblo principal en el norte). Estos emigraron a sus lejanas moradas en diversas etapas, pero probablemente no antes de la segunda mitad del primer milenio d. C.; las diferencias relativamente leves entre la lengua de los pipiles y los demás idiomas nahuas excluyen la posibilidad de una separación muy larga de su pueblo principal[16].

Ya hemos hablado de la posibilidad de una migración tolteca posterior a la migración de los pipiles, y que posiblemente ocurrió a mediados del siglo XI, lo que coincide con lo afirmado por Krickeberg; esto no descarta la antigüedad de los pipiles, tal como lo reconoce este mismo autor cuando dice: "Con esto no queremos negar de ninguna manera la larga edad de las tribus nahuas; la existencia de los Izalcos en El Salvador, quienes

hablan un idioma mexicano muy antiguo, nos hace pensar en la hipótesis de migraciones nahuas en una época bastante anterior, pero no deben haber tenido una influencia cultural muy fuerte, porque esos nahuas más antiguos, posiblemente tenían un tipo de civilización muy antiguo, shoshone o sonorense, a lo más eran propagadores de la cultura «primitiva» o arcaica pero no de la cultura «tolteca»"[17].

Con respecto a las migraciones de los toltecas, Krickeberg nos hace la siguiente relación: "Ya hicimos referencia a cierto grupo de «toltecas» que había huido de los olmecas de la Sierra de Puebla, pero en vez de dirigirse a las costas del Golfo, como los toltecas de Ce Acatl[18], se dirigieron hacia el sureste, y atravesando los actuales Estados de Oaxaca y Chiapas, Guatemala y El Salvador a lo largo de las costas del Pacífico llegaron hasta Nicaragua, sus descendientes se encuentran hasta la fecha en pequeños centros de Oaxaca y en Centro América (los ya mencionados pipiles). Probablemente otro grupo de toltecas llegó hasta la altiplanicie de Guatemala, costeando el Pacífico por la misma ruta que los pipiles; los pueblos mayas residentes en esta región les dieron el nombre de yaquis, palabra nahua (en azteca yaque = emigrante). Este grupo se mezcló con los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, pueblos principales del altiplano, por lo que varios príncipes de sus dinastías tienen nombres nahuas"[19].

De esta manera se explica la influencia cultural que ejercieron los toltecas sobre los demás pueblos que habitaban el territorio centroamericano, pues esta migración tolteca fue la que tuvo mayor importancia desde el punto de vista histórico cultural, pues los toltecas, con quienes parece que los pipiles tienen una relación lingüística mucho más estrecha que con los nahuas más recientes, se establecieron en el siglo VIII en la Meseta Central, se extendieron en el siglo XII por las regiones del Golfo hacia el sureste y formaron enclaves culturales entre los mayas de Yucatán y de la altiplanicie guatemalteca; pero pronto fueron absorbidos por los mayas a causa de su reducido número, mientras que los pipiles en el sureste de Guatemala y en El Salvador perduraron hasta nuestros días, conservando en sus leyendas y mitos muchas cosas de gran importancia de la religión «azteca»[20].

Por todo lo anteriormente expuesto podemos establecer, con bastante fundamento, que los pipiles tuvieron origen en la meseta de México y que éstos lingüística y culturalmente pertenecen al grupo nahua que creó las culturas teotihuacana y tolteca. Que estos pipiles llegaron a territorio centroamericano en diversas migraciones, que ya se han explicado, trayendo muchos de los elementos culturales de sus metrópolis de origen, y además, otros provenientes de las distintas regiones por donde tuvieron que pasar, pues se asentaron en ellas durante algunos años antes de proseguir hacia el sur. En dichos movimientos migratorios llegaron hasta la actual

república de Nicaragua, dejando en toda su trayectoria grupos que se establecieron en las tierras costeras del Océano Pacífico, desde Tehuantepec (México) hasta Guatemala y El Salvador.

Como las fuentes no son suficientemente precisas por estar basadas en tradiciones de muchas localidades, las cuales abarcan un tiempo bastante largo, de por lo menos un milenio, los datos que nos dan son muchas veces confusos y dispersos, lo que ha dado lugar a diversas conjeturas al interpretar dichos datos. Esto explica las diferentes opiniones y controversias que se han suscitado cuando se ha tratado de resolver el intrincado problema de los orígenes de los pueblos indígenas de Mesoamérica. Ojalá que en tiempos no lejanos, aunque es sumamente difícil, se pueda aclarar definitivamente dicha cuestión.

II TERRITORIO QUE OCUPABAN LOS PIPILES A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

En primer lugar nos ocuparemos de ubicar geográficamente a este núcleo de población nahua-pipil que habitó el territorio centroamericano desde varios siglos anteriores a la llegada de los europeos a América.

En la época de la conquista española los pipiles ocupaban una extensa faja de territorio centroamericano a lo largo de la costa del Pacífico de Guatemala y El Salvador, la parte central de Honduras y el sur de Nicaragua. En todo este territorio los conquistadores encontraron pueblos que hablaban la lengua mexicana y tenían más o menos las mismas características culturales: religión, calendario, costumbres, etc.; tal como nos relatan Diego García Palacio y Pedro Cortés y Larraz, al describir cada uno de los pueblos que comprendían la Provincia de Guatemala.

Se cree que la ocupación de estas tierras centroamericanas por los pipiles, tuvo lugar en una época bastante temprana (siglos VII y VIII de nuestra era) quienes tuvieron que resistir la presión de los pueblos que los habían antecedido, resultando de ello la fusión de los elementos culturales que trajeron con los de esos otros pueblos.

Thompson refiere que en el siglo XVI había tres áreas bajo dominio pipil: la primera es la estrecha faja alrededor de Escuintla (Guatemala); la segunda comprendía la mayor parte del occidente de El Salvador y la tercera estaba confinada a Salamá, San Agustín Acaguastlán, Guastaluya y Tocoy, todos en el valle central del Motagua (también en la actual República de Guatemala)[21].

El área de ocupación de los pipiles en el territorio guatemalteco fue mucho mayor en los tiempos anteriores a la conquista, pero debido a las luchas que tuvieron contra los maya-quichés perdieron parte de su territorio. Thompson, anteriormente citado, dice: "El territorio pipil, desde luego,

fue mucho mayor, estando contiguo al territorio tzutuhil, con cuyos habitantes siempre fueron aliados, pero al ser derrotados por los cakchiqueles quedaron aislados y muchas de sus ciudades pasaron al dominio cakchiquel (tal como la ciudad de Cotzumalhuapa). En virtud de la derrota de los tzutuhiles y pipiles por los quichés y cakchiqueles, la conocida pérdida de territorio por los tzutuhiles, y la débil condición en que quedaron los pipiles a causa de esa guerra, es pues de presumir que la región de Cotzumalhuapa fue perdida por los pipiles y cedida a los cakchiqueles durante esa guerra, y que el estilo mexicano (de esa región) debe atribuirse a la comunidad de la nación pipil"[22].

En efecto —afirma Castaneda Paganini— cuando los conquistadores arribaron a Guatemala, los tolteca-pipiles habían sido desplazados por los quichés y cakchiqueles de varios sitios de la costa del Pacífico. La comarca tolteca-pipil comprendida entre Cotzumalhuapa y la provincia de Guazacapán, durante la conquista española, era conocida con el nombre nahua de Atacat o Panacatacat[23].

Spinden, al referirse a la ocupación del territorio salvadoreño por los pipiles, hace la siguiente observación: "Hay una buena razón para creer que el área de El Salvador antes de la llegada de los pipiles, estaba extensamente en manos de las tribus pertenecientes al grupo lenca. En tiempos históricos (más recientes) éstos ocupaban solamente el tercio oriental de la República (así como gran parte de Honduras) y eran los llamados chontales"[24].

De esto se puede deducir que los pipiles ocupaban la zona central y occidental del actual territorio salvadoreño, aunque su influencia se haya extendido en toda la zona oriental del país.

En lo referente a la ocupación de territorio nicaragüense por los pipiles, Ada d'Aloja nos da los siguientes datos: a la llegada de los españoles a tierras nicaragüenses habitaban la costa del Pacífico, entre el océano y los grandes lagos, grupos indígenas de filiación nahua o sea los niquiranos[25].

Así pues, como lo hemos expuesto antes, los pipiles habitaban a la llegada de los españoles un territorio que se extendía a lo largo de la zona costera del Océano Pacífico desde Guatemala hasta Nicaragua, interrumpido a veces por núcleos de pueblos que les habían antecedido en la ocupación y que pertenecen a grupos de distinta filiación lingüística.

La ocupación nahua pipil de Centro América está comprobada por los estudios arqueológicos realizados en esta región, así como por los informes testimoniales de los cronistas españoles que nos ilustran sobre los diferentes pueblos y hablas de los indígenas en la época en que los visitaron. Muchos de los descendientes de estos pipiles habitan actualmente algunas localidades de Guatemala y El Salvador.

III LENGUAS QUE SE HABLABAN EN LA REGION PIPIL

El lenguaje es uno de los instrumentos básicos de toda cultura. Es el medio por el cual se relacionan los individuos que componen un grupo social; es el vehículo por el que se trasmiten las experiencias del pasado a las nuevas generaciones, creando así una herencia cultural con características propias que la diferencian de los otros pueblos.

El náhuatl fue la creación de los pueblos americanos que migraron a México procedentes del norte. Se ignora cuánto duró el proceso que dio origen a esta lengua. Swadesh[26] da al complejo yuto-nahua una edad aproximada de cinco mil años. Es probable que los fundadores de Teotihuacán hayan sido pueblos que hablaban el náhuatl.

De esta lengua podemos decir que es sonora, rica en vocablos y tan perfecta que permitió la creación de una poesía exquisita y la expresión de pensamientos elevados que reflejan el nivel de sensibilidad artística e intelectual de los nahuas.

Quienes se enfrentaron, a raíz de la conquista, a la tarea de aprender el náhuatl para realizar su misión evangelizadora, se encontraron con una lengua que les permitía expresar todas las verdades de la religión cristiana sin tener que recurrir al uso de vocablos de otras lenguas, pues el náhuatl mediante sus múltiples combinaciones siempre hacía posible la expresión adecuada.

Esta lengua, el náhuat-pipil, era la lengua de estos pueblos indígenas y la que todavía hablan algunos de sus descendientes. El náhuat-pipil tenía algunas variantes comparado con el náhuatl de México. Estas variaciones probablemente se debieron al aislamiento en que estuvieron durante mu-

chos años desde su llegada a tierras centroamericanas. Estas variantes dialectales han confirmado la antigüedad de estos pueblos.

Cyrus Thomas al referirse a las lenguas habladas en Centro América nos dice que esta región cuando fue visitada por los blancos por primera vez, estaba habitada por gente de los siguientes troncos lingüísticos: la rama náhuatl, de la familia uto-azteca, localizada principalmente en el México sur y central, pero con ramas marginales en Guatemala, Nicaragua y El Salvador; y la maya, ocupando la península de Yucatán y una gran porción de Chiapas y Guatemala, con una rama marginal (huastecos) en el río Pánuco, al norte de Veracruz. Estos dos fueron los principales y más grandes troncos lingüísticos de esta región. Próximo a éstos podemos nombrar tal vez el tronco zapoteca-mixteca, localizado principalmente en el Estado de Oaxaca. Además de éstos hubo otros grupos de limitada extensión, como los otomíes, en el México central; los tarascos, en Michoacán; los totonacas, en el Estado de Veracruz; los chiapanecos, principalmente en Chiapas, etc.[27]

Está pues, aceptado, que en tiempos de la conquista española se hablaba la lengua pipil-náhuat en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, siendo esta lengua una rama del tronco náhuatl que se hablaba principalmente en el México central. Cortés y Larraz, en su Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala, nos hace una relación detallada de las lenguas de los indios de los diferentes pueblos de la diócesis y en lo que se refiere a lo que hoy es El Salvador menciona que se hablaba, además del español, el pipil o mexicano. Otra fuente para el conocimiento de las lenguas que existían en el antiguo Reino de Guatemala es la Relación del Oidor Diego García Palacio, de la que se tratará más adelante.

Al abordar el tema de las lenguas que tenían los indios del territorio mesoamericano, Krickeberg expone lo siguiente: "Las dos altas culturas más importantes de Mesoamérica, la maya y la nahua, están conectadas lingüísticamente con otro grupo de tribus californianas, los penuti, aunque esta relación sea bastante lejana, pero contrastan muchísimo en cuanto a raza, historia y cultura. Los mayas, afines lingüísticamente hasta cierto grado a los mixes y los zoques, los dos pueblos principales del Istmo de Tehuantepec, ocupan todavía, al contrario de los pueblos mencionados hasta ahora, una región unitaria y cerrada que abarca la mayor parte de Guatemala, toda la península de Yucatán (políticamente mexicana), la Honduras Británica, y las partes limítrofes de los Estados de Tabasco y de Chiapas al oeste, y la República de Honduras al este. Los nahuas, en cambio, cuya tribu principal eran los aztecas (a la época de la llegada de los españoles), inmigraron en tiempos relativamente recientes, eran un pueblo dolicocéfalo y de origen norteamericano. Desde el punto de vista lingüístico —como hemos dicho en otra parte— pertenecen a los «uto-aztecas»[28].

Más adelante este mismo autor señala que la dispersión de la familia lingüística uto-azteca se debe a una inmensa migración de antiguos pueblos americanos, que abarcó un espacio de 30° de latitud —desde el Lago Salado de Utah, hasta el Mar de Nicaragua y aun más allá, hasta la laguna de Chiriquí, en Panamá, en cuyos alrededores se encontraba en el siglo XVI una pequeña colonia nahua, que probablemente fue desplazada hacia allá por la llegada de los españoles[29].

El Oidor García Palacio, al describir las lenguas que se hablaban en el Reino de Guatemala menciona que en toda esta jurisdicción existían las siguientes lenguas: en la Provincia de Chiapas, la chiapaneca, hoque, mexicana, zozil, zeldalguelen; en la de Soconusco, la mexicana corrupta y la materna o huehuetlateca; en la de los Suchitepéquez y Guatemala, la mame, achi, guatemalteca, hutateca y chirichiota; en los Izalcos y costa de Guazacapán la popoluca y pipil; en la Verapaz la poponchi, kechí y colchí; en la de San Salvador la pipil y chontal; en el valle de Hacacehuastlán y en el de Chimula de la Sierra, la hacacehuastleca y spay; en la de San Miguel, poton, itaulepa y ulúa; en la Choluteca, mangue y chontal; en Honduras la ulba, chontal y pipil; en Nicaragua la pipil corrupta, mangue, maribio, poton y chontal; en Tegucigalpa la materna y mexicana; en la de Costa Rica la inicoya, la materna y mangue[30].

Como se puede apreciar por el informe de García Palacio, la lengua pipil era hablada en varias provincias del Reino de Guatemala, y aunque muchas de las lenguas que él menciona ya se extinguieron, es importante señalar la gran difusión de la lengua pipil o mexicana en todo el territorio centroamericano.

Orosco y Berra, al tratar este tema expresa que el náhuatl se llama en Nicaragua niquira o niquirán, pues los conquistadores dieron el nombre de niquiras o nicaraguas a los indios que habitaban la zona que se extiende entre los grandes lagos de Managua y Nicaragua y el Océano Pacífico, todos ellos de filiación mexicana, como lo demuestran los nombres de sus pueblos que son de indiscutible origen nahua[31].

Thompson[32] escribe que todos, desde Escuintla a San Salvador, y tan lejos como Nicaragua, eran de habla mexicana, aunque, asegura que esto no es estrictamente cierto, pero sí que la mayoría de los habitantes de las llanuras bordeando el Pacífico desde Escuintla hasta El Salvador central eran de lengua mexicana.

Otto Stoll, en su Etnografía de Guatemala hace una relación sucinta de las zonas de habla pipil y hace una comparación entre el pipil de Salamá y el azteca, llegando a las siguientes conclusiones:

1ª Que los pipiles emigraron hacia Guatemala procedentes del norte;

2ª Que las variantes que el idioma de los pipiles muestra en la actualidad, en relación con el azteca, indican que dichas migraciones acaecieron con mucha anterioridad a la conquista española, y no es dable determinar la época en que ocurrieron, por ser sumamente escasas las fuentes históricas que tratan acerca de ellas. Sin embargo, es posible creer que hayan ocurrido, cuando menos, antes del siglo X de la era cristiana;

3º Tanto por el idioma, como por las ruinas (Santa Lucía Cotzumalhuapa) que se han descubierto en el antiguo territorio de los pipiles, es verosímil creer que sean éstos un remanente del pueblo tolteca que fue, según las noticias históricas existentes, el primero en penetrar en el altiplano de México[33].

Analizando estas conclusiones de Stoll, queda clara la procedencia mexicana de la lengua pipil y que las migraciones de estos pueblos de habla náhuatl llegaron a Centro América muchos siglos antes de la llegada de los españoles a estas tierras. Considero que la tercera de sus conclusiones carece de veracidad, pues los toltecas no fueron los primeros en llegar al valle de México como lo demuestran sus tradiciones, pues ellos mismos relatan su encuentro con los otros pueblos que ocupaban el Valle. Además, ya hemos dicho al hablar de los orígenes y migraciones que los toltecas llegaron al valle central de México allá por el siglo VIII, habiendo sido precedidos por los creadores de la cultura teotihuacana y otros pueblos asentados en el territorio mexicano desde muchos siglos antes, los creadores de la cultura preclásica o del período formativo.

Todavía en la época en que Stoll realizó su investigación etnográfica, se hablaba el pipil en algunos lugares de Guatemala, tales como San Agustín Acasahuastlán, Tocoy y aldeas circunvecinas; también en el territorio que rodea a la ciudad de Escuintla. Ya estaba extinguido en otros lugares del valle superior del Motagua, en Guastatoya, Chimalapa, etc. en donde también se hablaba dicha lengua[34].

En El Salvador todavía quedan unos pocos pueblos en donde se habla el pipil, aunque está ya en proceso de total extinción; hay pues, algunas personas que aún lo hablan en las poblaciones de Izalco, Nahuizalco, Sonzacate, Chiltiupán, Teotepeque y Jicalapa. En los demás lugares en donde se hablaba ha desaparecido por completo y se habla ahora solamente el español.

Hemos hecho una breve relación de la distribución de la lengua pipil en los distintos lugares de Centro América, nos resta decir cuál es la clasificación que han hecho los lingüistas para ubicarla dentro de las numerosas familias de hablas indígenas.

La clasificación de la lengua pipil, según Mason, es la siguiente:

Tronco Macro-penutiano
Rama Azteco-tanoano
Grupo Utaztecano
Familia Aztecoide
Subfamilia Nahuatlán
Lengua Náhuatl
Variedad Tolteca-chichimeca
Dialecto Pipil[35].

IV ORGANIZACION SOCIAL Y POLITICA DE LOS PIPILES

La organización social y política de los pipiles era similar a la de los otros pueblos indígenas de Mesoamérica; así se comprende por los pocos datos que registraron los informes de algunos funcionarios de la Corona española como García Palacio, Pineda, Espino, etc.; así también por lo que nos dicen los historiadores Herrera, Fernández de Oviedo, Las Casas, Torquemada, Sahagún y Fuentes de Guzmán.

Gobierno. De acuerdo a esas fuentes mencionadas podemos afirmar que los pipiles estaban gobernados por un señor o cacique, asistido por un consejo de ancianos y cuatro capitanes que atendían parte de las obligaciones del gobierno.

El historiador real Antonio de Herrera nos informa que en cada pueblo el señor (tlatoani) era a la vez el mayor juez, ayudado por cuatro tenientes que tenían cuidado de proveer su casa y las cosas de la república tales como la guerra, el gobierno, asuntos de sementeras y casamientos; le ayudaban también en consultar a los sacerdotes sobre los distintos asuntos de la administración, dando cuenta al señor de sus gestiones; daban, además, su parecer en todo[36].

En cuanto a la sucesión en el gobierno, Thompson[37] nos dice que, cuando moría este señor, le sucedía en el mando el hijo mayor, pero cuando la jefatura correspondía a un menor de edad nombraban como regente a un hermano del fallecido. En caso que el señor no tuviera hijos, el mando lo tomaba el pariente más cercano que tuviera las dotes necesarias para el gobierno. Las mujeres estaban excluidas de la sucesión, pero sí podían heredar tierras, casas y esclavos.

Justicia. Para resolver los diversos problemas de su gobierno y especialmente en lo referente a la administración de justicia, tenían un conjunto

cio. "Juntábanse el Papa, sabio y hechicero con sus cuatro sacerdotes, y sabían por sus suertes y hechicerías si harían guerra, o si alguno vendría contra ellos; y si las suertes les decían que sí, llamaban al cacique y capitanes de guerra y éstos salían en busca de sus enemigos, y si tenían victoria en la batalla, luego el cacique despachaba correo al Papa y le avisaba el día que había sucedido, y el sabio veía a quién se había de hacer el sacrificio (si a Quetzalcoatl o a Itzqueye)"[43].

Los que prestaban servicio militar tenían que estar bajo disciplina especial y no tenían otras obligaciones; los que no estaban en el ejército eran los que cultivaban las tierras y contribuían al sostenimiento de las fuerzas militares. Este mismo autor, García Palacio, nos dice: "Los que eran soldados de la guerra, no dormían en sus casas con sus mujeres, sino en unos calpules que tenían diputados para ello; lo propio hacían los mancebos que amostraban el arte de la milicia, y de día iban a casa de sus mujeres a comer y beber y de allí a sus milpas, y siempre quedaba una compañía a guardar el pueblo"[44]. En otra parte nos dice: "Los que no eran para la guerra, cultivaban las tierras de milpas del cacique y Papa y sacerdotes, y de las propias suyas daban un tanto para la gente de guerra"[45].

En algunos casos, antes de empezar la guerra, enviaban mensajeros a los pueblos enemigos a fin de concertar los términos y condiciones que debían de regir y en caso de no aceptar éstos, se arrojaban atacándolos y sometiéndolos. Dice Herrera: "Hacían sus asaltos, sus emboscadas, y estratagemas, y para las batallas campales enviaban embajadores, sin más causa que imitar a sus pasados y que tenían necesidad de esclavos; si no aceptaban, entraban en sus tierras destruyéndolas, cortaban las narices a los esclavos, y si habían hecho resistencia los despeñaban, diciendo que ya no harían aquellos más daño"[46].

Las armas con que peleaban los pipiles en la guerra eran los arcos y flechas, las lanzas con puntas endurecidas al fuego y macanas; iban protegidos por una coraza de algodón que les cubría todo el cuerpo. Sus flechas llevaban puntas agudas de pedernal.

Don Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y de Cuscatlán, quien tuvo que enfrentarse a los aguerridos pipiles afirma que las armas de éstos eran "unos corsetes de tres dedos de algodón y hasta en los pies, y flechas y lanzas largas, y en cayendo, la gente de a pie los mataba; tenían todos los más lanzas de treinta palmos"[47].

Otra descripción de cómo eran las armas de estos indios nos la da Herrera cuando dice: "Parte peleaban con arcos y flechas, con agudísimas puntas de pedernal; y llevaban rodelas de cañas tejidas artificiosamente, cubiertas de pieles de tigres, leones, venados; iban algunos vestidos con pellejos de águilas, y otras aves, y de tigres, leones, por gala y bravura;

de leyes, las cuales contemplaban una serie de castigos para quienes las violaran. García Palacio, la fuente más valiosa para conocer muchos aspectos de la organización social y política de los pipiles, nos señala algunas de las leyes de estos indígenas: "Fuera de las otras leyes que los indios tenían en toda esta provincia, tenían los de esta nación por inviolables las siguientes: Cualquiera que menospreciaba los sacrificios de sus ídolos o sus ritos, moría por ello. Cualquiera que se echaba con mujer ajena, moría por ello. Cualquiera que tenía cuenta carnal con pariente en los grados susodichos, moría por ello. Cualquiera que hablaba con cualquiera mujer, o le hacía señas, si era casada, le desterraban de su pueblo y le quitaban sus bienes. Cualquiera que se echaba con esclava ajena, le hacían esclavo, si no fuese que a la tal persona la perdonase el Papa por sus servicios que hubiese hecho en la guerra. Cualquiera que hurtaba, como fuese grave, moría por ello. Cualquiera que forzaba doncella, le sacrificaban por ello. Cualquiera que mentía, le azotaban brevemente, y si era en cosa de guerra, le hacían esclavo por ello"[38].

– Otras clases de castigos eran cortarle los cabellos al ladrón, quien quedaba como esclavo mientras pagaba lo robado; si no lo hacía o tardaba mucho (en pagarlo), moría sacrificado. No tenían establecido ningún castigo para aquel que matara al cacique, pues creían que eso no sucedería nunca; tampoco había pena para el que mataba a un esclavo; el que mataba a otro, pagaba determinada cantidad a los hijos y parientes del muerto[39].

– El delito de adulterio era castigado severamente. Herrera nos refiere que "daban palos y no muerte al adúltero; los parientes de ellos eran los afrentados y los que vengaban la deshonra a la mujer que se iba con otro. Quien forzaba virgen, si se quejaba, era hecho esclavo o pagaba el dote; enterraban vivo con ella al esclavo o criado que dormía con la hija de su amo"[40]. Aún más, las solteras que no guardaban castidad eran castigadas con la muerte. El cronista español, Fernando Espino nos dice que "si acaso alguna india cae en el pecado de la sensualidad antes de casarse, hecha la averiguación, es el castigo ponerlos a él y a ella en un patio, parados, y allí los varean o flechean a entrambos hasta que los matan, por cuyo terror general son castas"[41].

Milicia. Eran diestros y valientes en la guerra, hacían asaltos y emboscadas; se valían de algunas estratagemas para engañar a sus enemigos. Los motivos de sus guerras eran asuntos de límites de sus tierras o para capturar hombres y hacerlos esclavos o sacrificarlos. Herrera refiere que "no podía haber junta, especialmente de guerra, sin el cacique, capitán de la república. Tenían guerra sobre los términos y casas y cautivar hombres para sacrificarlos"[42].

Antes de iniciar una guerra celebraban una junta el gran sacerdote con sus cuatro ayudantes para saber por medio de sus ritos el día propi-

también llevaban espadas de durísima madera venenosa, que llamaban macanas en la Isla Española"[48].

Organización social. En lo referente a la organización social podemos decir que había entre los pipiles varias clases sociales: una clase privilegiada emparentada con los señores que regían su estado; solamente los miembros de esta nobleza podían optar a cargos de importancia en el gobierno, ya sea en la paz o en la guerra; otra clase, la más numerosa, estaba compuesta por el resto del pueblo: mercaderes, artesanos y agricultores; finalmente estaban los esclavos[49].

La familia, en esta estructura social, estaba basada en el matrimonio; podían tener varias mujeres, pero sólo una era la legítima, y esto era permitido solamente a los señores. Herrera, al relatar cómo era el matrimonio entre los pipiles dice: "Tenían muchas mujeres, aunque una era legítima, y se casaban de esta manera: tomaba el sacerdote a los novios por los dedos menores, metíalos en una camarilla, adonde había fuego, hacíales ciertas amonestaciones, y en muriéndose la lumbre, quedaban casados"[50].

García Palacio[51] nos da otra versión de cómo se efectuaba la ceremonia matrimonial: "El cacique era su oficio mandar sembrar y casar a los indios, y siempre los casaban con muchachas, y cuando estaban concertados, si acaso el yerno encontraba al suegro, torcía el camino; lo propio hacía la nuera a la suegra. Y hacían esto porque el diablo les decía, que no habrían hijos si se topasen con los suegros. El casamiento y boda se hacía de esta manera: los padres de la novia iban por el novio, y lo llevaban al río a lavar, y los parientes del novio iban por la novia; y lavados en el río ambos, los envolvían a cada cual en su manta blanca, nueva, y los llevaban a la casa de la novia, y los ataban juntos en las dos mantas añudadas, desnudos en cueros. Los parientes del novio daban de presentes a la novia jicoles, mantas, algodón, gallinas, cacao; y los parientes de la novia lo mismo al novio, y luego comían todos juntos; a estos casamientos se hallaban el cacique y el Papa, de necesidad".

En cuanto al parentesco, este autor nos refiere que tenían pintado un árbol, y en él 7 ramas que significaban 7 grados de parentesco. En estos grados no se podía casar nadie, y esto se entendía por línea recta, si no fuese que alguno hubiese realizado un gran hecho de armas, y había de ser fuera del tercer grado. Por línea transversa, tenían otro árbol con cuatro ramas, que significaban el cuarto grado; en éstos no se podían casar nadie[52].

Otro cronista, Fernando Espino, al tratar este tema nos dice lo siguiente: "Guardaban hasta el tercer grado de afinidad para casarse; no tenían más que una mujer; poco viciosos en la sensualidad; las mujeres guardaban virginidad hasta casarse; no se acompañan de varón aunque sean primos, cuando van a sus cacaguatales"[53].

En lo relativo a ceremonias del ciclo vital de los pipiles tenemos las que se refieren al nacimiento de los niños, así como otras que tratan de la muerte. Herrera nos informa que "íbanse las mujeres a parir al campo, a algunas partes secretas, a solas, cortaban ellas mismas la vid a la criatura, porque entendían que si otra la cortaba, no podrían vivir; lavábanla luego en un arroyo, y ellas se lavaban también"[54].

Cuando nacía un niño, tenían por costumbre ponerle un arco y flecha en la mano y si era niña un huso y algodón; la partera le hacía una raya con tizne en el pie derecho, esta raya era para que cuando fuera grande no se perdiera en los montes. Pasados doce días llevaban la criatura al sacerdote; cortaban ramos verdes para que pisase la persona que la llevaba, y ya ante el sacerdote, le ponían el nombre de sus abuelos o abuelas, y le ofrecían de presente al sacerdote cacao o gallinas[55].

En lo que respecta al culto a los muertos, García Palacio relata que los ritos a los difuntos eran llorar al muerto cuatro días y cuatro noches si el fallecido era el cacique o algún capitán o señor, hijo o mujer de éstos. A la cuarta noche, cuando amanecía, salía el gran sacerdote y decía que el ánima de aquel cacique estaba con los dioses y que no lo llorasen más. Todos éstos eran enterrados en sus propias casas, sentados y vestidos, con todos sus bienes. Si el difunto no era principal, sólo le lloraban sus parientes y sus hijos; y si a alguna mujer se le moría la criatura, guardaba la leche cuatro días, que no la daba a ninguna otra criatura, porque tenían por agüero que el difunto le haría algún daño o mal. Este sacrificio se llamaba navitia[56].

Cortés y Larraz nos habla de esta misma ceremonia funeraria a la que él llama "nahuite". Consistía en que, a todos los difuntos, al cuarto día de fallecidos les ponían toda clase de alimentos, atoles, gallinas, etc., en la creencia que el muerto llegaba ese día a despedirse de su casa. Durante la noche esperaban su llegada, principalmente los parientes, cantando y recitando oraciones. En la cama donde había fallecido la persona colocaban un recipiente con agua y una vela encendida[57].

Fiestas. La mayoría de sus fiestas eran de carácter religioso y estaban dedicadas a honrar a algunas de sus divinidades; las fiestas de carácter estrictamente social eran muy pocas. Durante sus fiestas bailaban y cantaban al compás de sus instrumentos musicales; en dichas fiestas les era permitido emborracharse con una bebida fermentada con maíz; Herrera llama a esta bebida «aguamiel». "La borrachera —nos dice— era en las fiestas más solemnes, de noche, adonde revueltos hombres y mujeres cometían unos con otros infinitas maldades contra Dios"[58].

Fuentes y Guzmán, al hablar de las fiestas de estos indios expresa que a las mujeres de esta nación no les era permitido bailar en público, ni en secreto, ni hasta hoy, si no en pocos pueblos se tiene estilo en esto.

Ellos danzan como incansables, todo un día, cuatro y ocho, si tanto dura la festividad de su pueblo, con indecible carga de plumas y otros adornos que llevan sobre sí"[59].

También tenemos referencias acerca de cómo vestían estos indígenas en la época de la conquista española. Herrera nos da la siguiente descripción: "Las mujeres vestían unos pañetes cuadrados, con una punta que les cubría el pecho y la otra las espaldas. Los hombres andaban desnudos; los señores o gente de guerra, traían una manta de poco valor y unos pañetes largos con que se cubrían"[60].

Como podemos observar aun en algunos de los descendientes de los pipiles, las mujeres usaban unas faldas o enaguas que enrollaban a las caderas y una camisa o huipil. Fuentes y Guzmán refiere que calzaban, igualmente hombres y mujeres, una forma de sandalias, y en lugar de medias, a media pantorrilla, unos apretadores con mascarones de oro, plata o cobre[61]. En otra parte, este historiador, describe los adornos que llevaban; nos dice que se atravesaban la nariz con una piedra preciosa o un canutillo de oro o de plata; usaban zarcillos en las orejas, hechos de oro, las ricas, y las maceguales o plebeyas de caracoles y chalchihuites[62].

V SU RELIGION

La religión de los pipiles estaba ligada como las de otros pueblos americanos al ciclo vital —nacimiento, vida y muerte— así como a las actividades de carácter económico que les hacían posible la subsistencia: la caza, la pesca y la agricultura. Asociadas a estas actividades estaban, desde luego, la observación de los astros para la predicción de los fenómenos cíclicos de la naturaleza y la adoración o culto a estos astros, a la lluvia, al rayo, trueno, etc.

Su enfrentamiento a las fuerzas de la naturaleza y la necesidad de lograr mayores beneficios de ella y evitar sus efectos destructores hizo nacer la magia, la adivinación y el culto a seres sobrenaturales; cuando estas funciones llegaron a institucionalizarse se creó un sacerdocio organizado que canalizó todas las ideas religiosas existentes a conceptos más elaborados, dando origen a una religión con un conjunto de dioses con atributos especiales y con funciones asignadas como seres de inmensos poderes ocultos, unos benéficos y otros dañinos al hombre.

La base de esta religión la constituyeron las creaciones religiosas de los pueblos que habitaron el México central, de donde eran originarios los pipiles. Hay en las referencias históricas acerca de la religión de estos indios evidencias de una religión primitiva, un culto a la naturaleza, a la fertilidad de la tierra, etc., al lado de una religión más perfeccionada, restos de la religión que se extendió por toda Mesoamérica: culto a Tlaloc, a la Serpiente Emplumada o Quetzalcoatl y a otras divinidades asociadas a estos dioses.

Sacerdocio. Los pipiles tenían un sacerdocio organizado, como hemos dicho, y practicaron los sacrificios humanos; esto último lo podemos comprobar observando los relieves de los monumentos de Santa Lucía y

El Baúl, así como por los informes de los cronistas españoles que visitaron estas tierras pocos años después de la conquista. Rendían culto, además, a seres de carácter totémico, tribal; éstos eran los llamados "nahuales" que protegían al indio desde su nacimiento hasta su muerte.

García Palacio nos conserva en su relato muchos datos de cómo era el sacerdocio pipil; nos detalla, que además del cacique o señor, tenían un gran sacerdote o Papa al que llamaban Tecti; éste vestía una túnica larga de color azul y llevaba una diadema en la cabeza y a veces una especie de mitra, labrada de diferentes colores, que tenía en las puntas un manojo de plumas de quetzal; traía también un báculo en la mano a manera de obispo; a este Gran Sacerdote obedecían todos en lo tocante a cosas espirituales. Después de éste, tenía el segundo lugar en el sacerdocio uno al que llamaban Tehua-Matlini, que era el adivino o letrado en sus libros y artes, y era el que decía los agüeros y predicciones. Había, además de éstos, cuatro sacerdotes llamados Teupixqui, los que vestían ropas de diferentes colores y eran los miembros del consejo que trataban de los asuntos ceremoniales y asistían a todos los ritos. Había también una especie de mayordomo que se encargaba de guardar todos los objetos del culto y era el que abría el pecho de las víctimas y sacaba los corazones durante los sacrificios. Finalmente había otros que tenían trompetas y otros instrumentos que tocaban para llamar a la gente a los sacrificios[63].

Herrera describe algunas ceremonias que hacían estos indios y su sacerdocio; refiere que tenían en los campos unas casillas largas y angostas, altas del suelo, adonde estaban sus dioses de piedra, barro y madera, con caras de tigres y de otros animales. Asistían en ellas hombres viejos, desnudos, que hacían áspera vida, con el cabello largo y trenzado alrededor de la cabeza; a éstos iban a pedir consejo en los casos de guerra, justicia, casamiento y otras necesidades; dejábanles ofrendas de cosas de comer y volvían por las respuestas que sus dioses habían dado, y teníanlas por cosa verdadera. No podían hablar con estos sacerdotes sino los principales señores, porque los tenían en gran veneración[64].

Ritos. En la religión de los pipiles había varias clases de ceremonias o ritos, entre ellas el ofrecimiento de ofrendas, el sacrificio de animales y de hombres para agradar a los dioses o para que ellos les concedieran lo pedido en sus oraciones. También se extraía sangre de diferentes partes del cuerpo para ofrendarla a sus dioses. Según nos cuenta García Palacio hacían dos sacrificios solemnes cada año; el primero al principio del invierno y el otro al principio del verano; estos sacrificios eran ocultos y sólo los veían los caciques y principales, eran celebrados dentro de sus templos y en estas ceremonias eran sacrificados niños de seis hasta doce años[65].

Estos sacrificios humanos los hacían de esta manera: tañían sus trompetas y atabales un día y una noche para que el pueblo se juntara. Los cuatro sacerdotes o teupixqui salían del templo con cuatro braseritos con fuego, y en ellos puesto copal y hule. Se iban derecho los cuatro hacia donde sale el sol y se hincaban de rodillas ante él y le sahumaban recitando sus oraciones. Después de hacer esto se dividían hacia los cuatro puntos cardinales: Este, Oeste, Norte y Sur y predicaban sus ritos y ceremonias; acabada la oración entraban corriendo a unas casas que tenían hechas en las cuatro direcciones y descansaban un rato. De allí se iban a la casa del Gran Sacerdote o Papa, que estaba junto al templo; allí tomaban al muchacho que iban a sacrificar, daban cuatro vueltas al patio a manera de baile, cantando. Acabada esta ceremonia, salía el Papa de su casa con el sabio y mayordomo y subían al templo con el señor y otros principales, quienes se quedaban a la puerta del adoratorio; luego los cuatro sacerdotes tomaban al muchacho en brazos, de manos y pies y salían el mayordomo con cascabeles en sus pies y manos; por el lado izquierdo le sacaban el corazón a la víctima y lo daban al Papa, éste lo ponía en una bolsa pequeña labrada y la cerraba. Los cuatro sacerdotes tomaban la sangre de la víctima en cuatro jícaras y salían uno tras otro, y bajaban al patio; asperjaban la sangre con la mano derecha, a los cuatro puntos cardinales, y si sobraba algo de sangre la volvían hacia donde estaba el Papa y éste echaba, por la misma herida, la sangre, corazón y bolsa en el cuerpo del sacrificado y lo enterraban en el templo[66].

También tenían estos indios sus lugares de peregrinación en donde rendían culto especial a sus dioses; uno de esos lugares era Micla o Mictlán; según el relato de García Palacio este lugar estaba situado como a tres leguas de la laguna de Güija (que él llama Uxaca). A este sitio llegaban los pipiles de varios lugares de la región así como lo hacían, sin lugar a duda, otros grupos indígenas de Guatemala.

Otro de los sacrificios humanos de los pipiles era el que hacían en ocasiones especiales tal como cuando ganaban una victoria en la guerra. Este sacrificio era dedicado unas veces a Quetzalcoatl y otras a Itzqueye. Las ceremonias duraban quince días cuando eran en honor de Quetzalcoatl y cinco días cuando lo eran en honor de Itzqueye. Para este sacrificio "todos los que se hallaron en la guerra, venían en ordenanza cantando y bailando, y traían a los que habían de sacrificar con muchas plumas y chalchiuites en los pies y manos, con sartas de cacao al pescuezo y éstos traían los capitanes en medio de sí. Salía el Papa y sacerdotes con los demás del pueblo a recebillos con baile y música, y los caciques y capitanes, ofrecían aquellos indios al Papa para el sacrificio. Ibanse luego todos juntos al patio de su teupa, y bailaban todos los días y noches susodichos, y en medio del patio ponían una piedra, como poyo, y sobre ella echaban

al indio que habían de sacrificar, de espaldas, y los cuatro sacerdotes tenían al indio de pies y manos. Salía el mayordomo con muchas plumas y cargado de cascabeles, con un navajón de piedra en la mano, y le abría el pecho y le sacaba el corazón, y en sacándolo lo echaba en alto a las partes de los cuatro vientos, y la quinta vez lo echaba en medio del patio, derecho en alto cuanto podía, y decía, «Toma, dios, el premio de esta victoria». Este sacrificio era público, de modo que chicos y grandes lo veían"[67].

Deidades. Como se ha dicho, los pipiles rendían culto a varias deidades y practicaban los sacrificios humanos en la misma forma que lo hacían los nahuas del México central, o sea que también se sangraban la lengua, orejas y miembro genital; sacaban el corazón a sus víctimas para ofrendarlo a sus dioses[68].

Adoraban al sol cuando sale, y tenían dos ídolos, uno en figura de hombre, y este se llamaba Quetzalcoatl, y el otro en figura de mujer, llamado Itzqueye[69]. Podemos asegurar que el culto a Quetzalcoatl estuvo muy extendido en el territorio de lo que hoy es El Salvador; es evidente la importancia de este dios si observamos que algunos lugares de esta República llevan nombres relacionados a esta divinidad, tal como el Valle de Quetzalcoatitán (donde está situada San Salvador) y la población indígena llamada Salcoatitán, que está entre Nahuizalco y Juayúa, en el departamento de Sonsonate.

Sahagún nos habla de este dios, Quetzalcoatl, como el que barre el camino de los dioses del agua, porque antes que comiencen las lluvias hay grandes vientos y polvaredas. Por esto decían que Quetzalcoatl, dios de los vientos, barría los caminos a los dioses de las lluvias para que viniesen a llover[70].

Herrera, al describir la religión de los pipiles nos dice: "Entre los muchos ídolos que adoraban, había uno que llamaban el gran padre y otro a quien le decían la gran madre, y a éstos pedían salud. Otros dioses había, a unos pedían hacienda, remedio en sus pobrezas y que les sacasen de necesidades, diesen de comer, y criasen sus hijos, guardasen sus sementeras y ayudasen en sus granjerías; y muchos años en los viejos duraron estas supersticiones"[71].

Los pipiles de Cuscatlán también ofrecían culto al Xipe Totec (Nuestro Señor el Desollado) como lo demuestra el hallazgo de una escultura de barro, imagen de este dios, encontrada en Tazumal, Chalchuapa, y que actualmente se halla en el Museo Nacional "David J. Guzmán" de El Salvador. El nombre de dos poblaciones prehispánicas de este país está asociado al culto de esta deidad (San Juan Opico, Depto. La Libertad y Hacienda Opico, Depto. San Vicente). Sahagún describe este dios como un hombre desnudo, pintado de un lado de color amarillo y del otro de un color pardo o leonado; la cara con tatuajes labrados a ambos lados en forma

de una tira angosta que parte desde la frente hasta la quijada; llevaba en la cabeza una especie de gorro de colores con unas borlas que colgaban hacia las espaldas; estaba vestido con la piel de un hombre; los cabellos trenzados en dos partes y unas orejeras de oro; estaba ceñido con unas faldetas verdes que le llegaban hasta las rodillas, con unos caracolillos pendientes; tenía unas cutaras o sandalias, una rodela de color amarillo, con remate de colorado alrededor y tenía un cetro en las manos[72].

También hemos hecho mención del culto a Tlaloc de parte de los pipiles, pues era un dios cuyo culto se extendió por toda Mesoamérica. Este dios era llamado también Tlaloctlamacaxtli (así como llamaban al sacerdote de su culto); era el dios de las lluvias; decían que él daba las lluvias para que regasen la tierra, mediante la cual se criaban todas las yerbas, árboles, frutos y mantenimientos; también decían que él enviaba el granizo, los relámpagos y rayos, las tempestades del agua, los peligros de los ríos y de la mar. El llamarse Tlaloctlamacaxtli es porque es el dios que habita en el paraíso terrenal, y que da a los hombres los mantenimientos necesarios para la vida corporal[73].

Al tratar este tema de la religión de los pipiles, Spinden expresa: Todos los estudiosos están de acuerdo que entre los pipiles de El Salvador eran conocidas y veneradas las principales deidades mexicanas. Algunas veces los nombres eran ligeramente diferentes de aquellos del valle de México. Es evidente que esta veneración había sido implantada un tiempo considerable antes de la llegada de Alvarado, y es igualmente evidente que no se extendió hasta el período arcaico. Nosotros hemos visto que la cultura de Santa Lucía Cotzumalhuapa ofrece evidencias de una comunidad de ceremonias con México. Es probable que una cabal y constante relación fue mantenida por siglos y que nuevos cultos y prácticas fueron introducidos de tiempo en tiempo. La deidad suprema de los pipiles de El Salvador fue Teotl y después de él venía Tal, la tierra; Tonal, el sol; Metzli, la luna, etc.[74]

Aún en la actualidad es posible comprobar la existencia de ciertos ritos que conservan algunos pueblos indígenas, reminiscencias del culto a sus antiguos dioses; Ritzenthaler, en su estudio titulado **Recent Monument Worship in Lowland Guatemala,** nos habla de que los monumentos de Santa Lucía Cotzumalhuapa son hoy día objeto de culto de varios pueblos indígenas de Guatemala; que esos monumentos, atribuidos a los pipiles, datan de los años 600 a 900 d. C. y que las razones que los indígenas exponen como motivos para llegar a realizar diversos ritos en los antiguos monumentos, son:

a) Pedir un favor o ayuda, la cura de una persona enferma, el naci-

miento de un hijo sano, buenas cosechas, seguridad en un largo viaje y un trabajo, si el peticionario no está empleado;

b) perdón por los pecados, incluyendo borrachera y fornicación; y

c) cuando ellos sienten la necesidad de hacerlo[75].

En el resto de Centro América aún quedan resabios de la religión antigua de los indígenas expresados en leyendas y supersticiones. También se puede observar una actitud mágica que atribuye poderes sobrenaturales a algunas personas, a los "hechiceros o brujos", quienes, según dicen, pueden transformarse a voluntad en cualquier animal. Quedan, pues, en algunas leyendas como la de la sihuanaba, el cadejo, el cipitío, la comizagual (tigre que vuela), etc., restos de una mitología, de una religión expresiva que refleja su manera de pensar y de sentir en un tiempo y en un mundo casi desconocido para nosotros.

VI SU ARTE

El arte de los pipiles, como el de los demás pueblos mesoamericanos había sido nutrido por una fuente común, o por lo menos con ciertos rasgos comunes. Por esta razón el arte pipil participa de las características generales del arte mesoamericano, que en su esencia es típicamente de carácter religioso. El arte pipil se manifiesta en su escultura, arquitectura y cerámica, de las que quedan abundantes muestras que nos dicen de la sensibilidad de estos artistas indianos.

En el arte pipil se notan claramente las influencias del arte de la zona del Golfo de México[76], posiblemente traídas junto con los demás elementos culturales que los pipiles trajeron del área totonaca, especialmente los yugos, palmas y hachas finamente labradas en piedra; hay, desde luego, reminiscencias del arte teotihuacano y muchos elementos toltecas, tales como imágenes del llamado Chac Mool, figuras de Echécat-Quetzalcoatl, etc.

Debido a esta influencia cultural de la zona del Golfo de México es que se encuentran figurillas talladas con imágenes que recuerdan algunas características del arte olmeca, así como de los demás pueblos de esa zona.

Con referencia a la difusión de esos elementos culturales, Covarrubias se expresa así: "La ruta de los pipiles coincide, no sólo con la distribución de los yugos y de las hachas, sino también con una corriente de islotes de pueblos que hablaban el dialecto pretolteca-náhuatl, grupos dejados como estela, supuestamente, por la migración de los pipiles. De esta manera, los pipiles pudieron haber sido los portadores del estilo hasta la América Central, lo que explicaría las semejanzas de las artes del golfo y la costa pacífica"[77].

Escultura. La escultura de los pipiles se manifiesta en los monumentos tallados en piedra llamados estelas, en figuras antropomorfas y zoomor-

fas de piedra, en los yugos, palmas y hachas. Las estelas pipiles si bien son más toscas, menos acabadas que las de los mayas, sí expresan todo el simbolismo que los artistas quisieron imprimirles.

Thompson, al hablarnos del arte de los pipiles explica la relación que existió entre la cultura pipil de Guatemala y la zona del Golfo de México, de la siguiente manera: Los yugos y hachas de piedra se encuentran en número considerable desde Veracruz hasta El Salvador con una distribución de ejemplares ocasionales más amplia. La aparición de un yugo plano y de un hacha esculpida en un entierro de Ptulul, cerca de El Baúl, establece el hecho de que estos dos tipos distintivos de la escultura en piedra eran contemporáneos. El hacha (cabeza plana de piedra), con la forma de un pájaro de pico largo picando el hueco del ojo de un cráneo, es fuertemente reminiscente de esculturas del mismo tipo del sur de Veracruz. Una palma de típico estilo totonaca, en el Museo Nacional de México, lleva un motivo similar, pero el pájaro está picando el lado del cráneo de un esqueleto[78].

En El Salvador también se han encontrado esculturas de este tipo, Habel fue testigo del hallazgo de uno de esos yugos mientras se abría una tumba en la ciudad de Apaneca[79].

Este estilo de esculturas llamados yugos, palmas y hachas magníficamente labradas en bajo relieve, que hemos mencionado como procedentes de la zona del Golfo de México y especialmente de la zona totonaca del Estado de Veracruz, es explicado ampliamente por Michael Coe, quien asocia dichas esculturas con el ritual del juego de pelota[80].

Son notables las estelas de Santa Lucía Cotzumalhuapa, de El Baúl y de otros sitios arqueológicos de los pipiles de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. No menos importante es la cerámica pipil, siendo característica de la zona de Cotzumalhuapa la llamada San Juan Plomizo o Plumbate. Cerámica de este tipo también se encuentra a lo largo de la costa de Guatemala y El Salvador[81].

Spinden, al hablar acerca del arte pipil, refiere que las peculiares esculturas en piedra de Santa Lucía Cotzumalhuapa y de otros sitios adyacentes al sur de Guatemala y al oeste de El Salvador, han sido acreditadas a los pipiles; que esta cultura local floreció probablemente mucho después que las ciudades mayas del sur habían sido abandonadas y cuando los toltecas en el norte, estuvieron en el apogeo de su poder. El arte de este pueblo señala muchos estilos similares a los de las tierras altas de México. El sacrificio humano —nos dice—, es ampliamente señalado en sus esculturas; hay en ellas también volutas que salen de las bocas indicando que hablan los personajes representados; las divinidades son a veces figuradas en las cimas de las losas esculpidas, saliendo de las bocas de reptiles, y los

sacerdotes aparecen en la parte de abajo haciendo ofrenda a esas divinidades[82].

Con respecto a los temas tratados en las esculturas de Santa Lucía Cotzumalhuapa y de El Baúl, Thompson hace la siguiente descripción: Como en toda Mesoamérica, casi todas las escenas son claramente de naturaleza religiosa. En ellas sobresalen deidades que se encuentran en las cimas de las losas esculpidas y sacerdotes que las miran desde abajo (como lo hemos dicho antes, citando a Spinden); además, retratos de los dioses y de la muerte, y en especial una deidad en forma de cangrejo. El ritual de sacrificios humanos con representación de águilas cogiendo los corazones de las víctimas sacrificadas, aparece muchas veces en dichas estelas. Thompson sugiere la idea de que los personajes representados en las estelas de Santa Lucía están ataviados como jugadores de pelota[83].

Como ejemplares de la escultura pipil también podemos mencionar el monolito de Cara Sucia, que representa una cara de jaguar, la estela de Tazumal y una escultura de "Chac Mool" que se encuentran en el Museo Nacional de El Salvador. En lo referente a la cerámica pipil de este país, Lothrop hizo un estudio de sus formas y estilos, así como de su área de difusión en Mesoamérica. Dicho autor escribe: Lo típico de su cultura son los vasos que representan a Tlaloc, el dios mexicano de la lluvia. Estos se encuentran en cierta cantidad alrededor de Cuscatlán y hacia el norte, tan lejos como hasta el río Lempa. En tipo están muy íntimamente ligados a las cabezas de Tlaloc halladas en el Estado de Jalisco y otros lugares de México. Asociados a ellos están en la tierra imágenes tamaño natural de urnas consagradas a Tlaloc, también incensarios con asas de largas serpientes evocando los incensarios de México central o los representados en los códices[84].

Arquitectura. En cuanto a la arquitectura de los pipiles, podemos decir que usaron el estilo de pirámides escalonadas para sus templos, pues tenemos pirámides en los santuarios de Tazumal y de San Andrés, en El Salvador. En las demás edificaciones de carácter doméstico es más probable que hayan tenido el mismo tipo de construcciones que usan hoy en día los indígenas de Guatemala y de El Salvador, que como están hechos de materiales fácilmente destructibles, dejan pocas huellas. Estas viviendas son ranchos pajizos habitados ahora por muchos campesinos de estos países; generalmente este tipo de vivienda varía según la zona, pues en la parte del litoral del Pacífico usan los materiales que se encuentran en esa zona, tales como madera de mangle para las paredes de empalizada y palmas para los techos; en cambio en los lugares más al interior emplean distintas clases de maderas para las estructuras del techo y las paredes, éstas revestidas de lodo y los techos cubiertos con zacate.

Hay pocas referencias acerca de la arquitectura de los pipiles. Una

de ellas nos la da Herrera[85] cuando describe cómo eran los pueblos de Nicaragua. Nos dice este cronista que no eran grandes pero sí hechos con cierto arte en su disposición; las casas de los señores eran diferentes de las otras que habitaban los demás miembros de la comunidad, estas últimas eran todas iguales. Los palacios y los templos tenían grandes plazas que cerraban las casas de los nobles.

Es importante notar que junto a las estructuras piramidales de los templos existen plazas dedicadas al ritual del juego de pelota (este ritual estaba difundido en toda Mesoamérica y es común a las culturas principales de esta área cultural); restos de esas plazas de juego de pelota pipiles se hallan en las ruinas de Tazumal, Sihuatán, Tehuacán, etc.

El patio de juego de pelota era una plaza limitada por dos grandes muros paralelos entre los cuales y en la parte media se colocaban dos grandes anillos de piedra o marcadores; en los extremos del espacio limitado por estos dos muros y formando otro espacio cuadrangular había graderías. El patio de juego de pelota era llamado tlachco por los nahuas. Las medidas de esta plaza variaban un poco de una zona a otra pero casi todas tenían la misma estructura, variando ésta en que unas veces eran plazas cerradas y otras abiertas.

El juego se realizaba con una pelota de hule sólida y según informan los cronistas, consistía en mover la pelota con las rodillas y las caderas, sin usar las manos ni los pies y tratar de hacerla pasar por los agujeros de los discos de piedra o marcadores, lo que era bastante difícil y raro.

Otras artes. Las otras manifestaciones del arte como el canto, la música y la danza, fueron también practicadas durante sus celebraciones religiosas populares y en su vida doméstica. El dibujo y la pintura también tuvieron expresión entre los artistas pipiles.

Tenían los pipiles sus instrumentos musicales como el teponaztle, una especie de tambor de madera ahuecada con dos lengüetas para una mayor percusión; usaron la flauta o chirimía, caracoles marinos, carapachos de tortugas y sonajas de jícara o de barro.

García Palacio menciona que tenían trompetas e instrumentos para convocar y llamar a la gente a los sacrificios que debían hacer y que en las ceremonias tañían sus trompetas y atabales[86].

Es obvio que tuvieron sus cantores o poetas para cantar las hazañas de sus héroes y sus dioses al compás de sus instrumentos musicales y reunidos en las plazas de sus templos practicaron sus danzas rituales. Lástima grande es que no se conserva ninguno de los ritmos de su música y de sus danzas ni tengamos versiones de sus cantos, pues ellos serían una vena fecunda para investigar muchos aspectos de la cultura pipil.

VII SU CIENCIA

La ciencia y la técnica de los pipiles estaba acorde con el adelanto cultural de los demás pueblos mesoamericanos y su desarrollo abarcó un largo proceso de elaboración y adaptación a su propio medio y necesidades. La práctica de las labores más indispensables para la satisfacción de sus necesidades dentro del marco geográfico en que les tocó vivir, fue la fuente de muchos de los conocimientos científicos que más tarde aplicarían para superar sus condiciones económicas. Es así como mediante la observación de los distintos pasos del sol y de la luna pudieron predecir la llegada de las lluvias, la época de las siembras y las fechas que correspondían a la celebración de sus fiestas rituales. De este modo aplicaron sus conocimientos astronómicos, su calendario, numeración y escritura, la medicina y las artes.

Como ha ocurrido en la historia del resto del mundo, los pipiles asimilaron los elementos culturales de otros pueblos amalgamándolos con los propios que trajeron de su lugar de origen.

Escritura y numeración. La escritura que tenían los pipiles en la época anterior a la conquista española era la misma que usaban los pueblos nahuas de México. Es natural que también usaran el mismo sistema numeral vigesimal, característico de las culturas mesoamericanas. No existen actualmente ejemplares de los códices de los pipiles de Centro América, pero sí hay referencias de que existieron, tal como nos lo refieren Fuentes y Guzmán y Herrera.

Este cronista, Antonio de Herrera, al referirse a la escritura de los indios dice: "Conservaban las naciones de Nueva España la memoria de sus antiguallas, en Yucatán y en Honduras había unos libros de hojas encuadernadas, en que tenían los indios la distribución de sus tiempos y

conocimiento de las plantas y animales y otras cosas naturales"[87]. Y hablando específicamente de los indios de Nicaragua, este historiador escribe: "Y es cierto que tenían por letras las figuras de los culúa, y los libros de papel y pergamino, un palmo de ancho y dos de largo, y doblados como fuelles, a donde señalaban por ambas partes, de azul, de colorado y otros colores, las cosas memorables que acontecían allí. Tenían pintadas sus leyes y ritos, con grande semejanza de los mexicanos; y esto hacen sólo los chorotegas y no todos los de Nicaragua"[88].

El notable historiador Fuentes y Guzmán en su Recordación Florida nos da una detallada relación de cómo era la escritura de los indios centroamericanos y nos habla de los materiales que usaban para escribir. "Si bien no carecían de escritura que usando la inteligencia de figuras, recomendaban a la memoria como historiadores, los hechos más famosos de sus señores y capitanes, o bien esculpidas en piedras y en maderas incorruptibles o pieles adobadas de ciervos y otros animales"[89].

Thompson, refiriéndose a la escritura de los pipiles de Guatemala y particularmente de Cotzumalhuapa (Escuintla), afirma: "Estuvo establecido cerca de Cotzumalhuapa, en tiempos prehispánicos, un pueblo que practicaba un arte de estilo mexicano, y, lo que es más importante, un sistema mexicano de jeroglíficos"[90].

El mismo autor, anteriormente citado, habla[91] de la existencia de un manuscrito pipil, ahora perdido, que posiblemente sirvió a Fuentes y Guzmán para el relato de la historia y organización social de los pipiles en Guatemala, quien además tuvo en su poder legajos de tributos de los indios de Sonsonate (El Salvador), en donde se usaba el sistema mexicano de escribir los números.

Este sistema de numeración estaba basado en unidades cuyos valores iban de veinte en veinte o eran múltiplos de veinte. En este sistema las unidades estaban representadas por puntos, las veintenas por banderas, el cuatrocientos (veinte por veinte), por un signo parecido a un arbolito o a una cabellera y el ocho mil (20 x 20 x 20) por una bolsa ceremonial de las que usaban para llevar copal[92].

Herrera menciona que los pipiles de El Salvador contaban el cacao por contles (tzontli), xequepiles (xiquipil) y cargas; un contle —nos dice— es igual a cuatrocientas almendras, un xequepil veinte contles, que son ocho mil almendras, y por estos números cuentan todas las cosas[93].

Calendario. Los pipiles tuvieron, desde luego, el mismo calendario que los mexicanos, variando solamente en los nombres de algunos días,

NOTA:
En página 65 se reproduce el mapa de la distribución del Náhuat "Mexicano Nonoalca" y "Pochutla" y de los yugos y cabezas-hachas. Tomado de la Síntesis de la Historia Pretolteca de Wigberto Jiménez Moreno.



= tres unidades



= ce pantli = una veintena



= ce tzontli = 20 veintenas = 400 unidades



= ce xiquipil = 20 tzontli = 8000 unidades

como se desprende de la lista elaborada por Eduard Seler. En dicha lista compara los nombres de los días en los calendarios de México, Metztitlan, Guatemala y Nicaragua. En lo que se refiere a estos dos últimos lugares, señala las siguientes diferencias:

GUATEMALA		NICARAGUA
1—Cipactli	= espadarte o peje espada	= çipat
2—echécatl	= viento	= ecat
3—calli	= casa	= cali
4—qüetzpalli	= lagarto	= qüespal

GUATEMALA		NICARAGUA
5—cohuat	= culebra	= coat
6—miquiztli	= muerte	= misisti
7—mázatl	= venado	= maçat
8—toxtli	= conejo	= toste
9—atl o quiahuitl	= agua	= at
10—ytzcuintli	= perro	= izqüindi
11—uzumatli	= mona	= oçomate
12—malinalli	= escobilla	= malinal
13—acatl	= caña	= agat
14—teyollocuani	= hechicero	= oçelot
15—quauhtli	= águila	= aate
16—tecolot	= tecolote	= coscagorate
17—tecpilanahuatl	= templo	= olin
18—técpatl	= pedernal	= tepecat
19—ayutl	= tortuga	= quiaüit
20—xochitl	= flor	= sochit

En las listas precedentes, Eduard Seler tomó como base una crónica pueblos mesoamericanos, "el alfa y el omega de la ciencia sacerdotal", el ciscano de Guatemala y la información obtenida por Francisco de Bobadilla, cuando éste andaba catequizando por la aldea de Teoca, en Nicaragua[94].

El calendario ritual de 260 días era de gran importancia entre los pueblos mesoamericanos, "el alfa y el omega de la ciencia sacerdotal", el llamado Tonalámatl, el libro de los días y su influencia sobre los destinos, el espacio de tiempo que abarcaba, resultado de la combinación de los números del 1 al 13 en hileras consecutivas de veinte signos que indicaban otros tantos días, o sea 20 x 13, igual 260 días[95].

Ahora bien, nos dice Seler, la peculiaridad del calendario mexicano-centroamericano es que, dentro de esta unidad superior (veintena) los diferentes días no se distinguen simplemente por números ordinarios, sino que llevan los nombres de ciertos objetos concretos, palpables, las más de las veces nombres de animales. Estos nombres son más o menos

iguales entre las diversas ramas, separadas por grandes distancias, del tronco lingüístico náhuatl sino que tienen sentido idéntico en todas las naciones del ciclo cultural mexicano-centroamericano, y si éste en algún caso difiere algo, es obvio que se trata de variantes reducibles a la misma idea[96].

El cronista Herrera, al describir cómo era el calendario de los pipiles de Honduras, informa que "contaban su año repartido en diez y ocho meses, llamábanle Joalar, que es cosa que va pasando; y ponían veinte días al mes, aunque no contaban sino por noches, y así ponían primero la noche que el día; y contaban veinte noches, o veinte alboradas, y su gobierno entre día era por el sol, teniendo en cuenta por la altura que llevaba, o cuando iba bajando, y así se entendían. Comenzaban su año cuarenta días antes que el nuestro, porque tomaban dos meses de los suyos atrás. En cada principio de mes se regocijaban"[97].

En lo que se refiere a la existencia de un calendario elaborado, similar al de los aztecas, Thompson nos transcribe a Fuentes y Guzmán, diciendo que éste describe e ilustra una pieza de madera, grabada, la cual, de acuerdo a su informante, marcaba el paso del tiempo y la terminación de un ciclo de cincuenta y dos años. Agrega que el glifo para la terminación de un ciclo era un haz de bastones atados. Este es el signo usual de los aztecas para ese período (una atadura de años). Otros glifos reconocibles en dicha pieza calendárica son: Calli, Cohuat, Xochitl y otros que pueden ser Acatl y Técpatl. El número seis es expresado por medio de seis puntos[98].

Es pues reconocible que los pipiles tuvieron los dos tipos de calendario usados en el área cultural mesoamericana, o sea, uno de carácter religioso de 260 días y otro de 365 días; repartido el primero en 13 meses de 20 días cada uno y el segundo de 18 meses, también de veinte días cada uno; agregaban a éste los cinco días complementarios o nemontemi que completaba el año civil de 365 días.

Medicina. Entre otras ciencias es indudable que la medicina ocupó un lugar preponderante en las actividades del sacerdocio que tenía la exclusividad de ejercerla. El conocimiento del valor curativo de muchas plantas, obtenido a través de muchos años de estudio y observación, les dio la base para tener una medicina bastante avanzada que durante mucho tiempo estuvo a la par o adelante de la medicina europea. Esta ciencia médica estaba unida a la magia, adivinación y a los poderes ocultos de los dioses, por ello, quienes tenían la facultad de ejercerla eran los sacerdotes o adivinos.

Educación. La educación entre los pipiles debió de realizarse mediante la transmisión oral de las experiencias obtenidas por las generacio-

nes anteriores, así como por medio del aprendizaje práctico de las artes y de la técnica que habían alcanzado estos pueblos. El conocimiento de la escritura facilitó la transmisión de los demás elementos cultúrales.

La educación del hombre común posiblemente no debió realizarse en escuelas ni por maestros dedicados exclusivamente a la enseñanza, sino que se efectuaba por medio de la trasmisión directa de padres a hijos; el varón debió acompañar a su padre en las cacerías y pescas para ejercitarse en el uso de los instrumentos que utilizaban para obtener sus medios de subsistencia, lo mismo que en el manejo del arco y de la flecha; las niñas probablemente aprendían de sus madres los oficios domésticos, las artes manuales, el hilado del algodón, la cestería, la cerámica, etc.

El aprendizaje de las normas y deberes como miembros de su comunidad de seguro fueron asimiladas en su diario contacto con los demás miembros del grupo social a que pertenecían.

En cuanto a la preparación de las personas que debían ejercer el sacerdocio y el gobierno, es de comprenderse que ha de haber sido de carácter especial debido a la importancia que tenían y a la calidad de los conocimientos que les exigían sus funciones sacerdotales, a los primeros, y administrativas, a los segundos.

El proceso educativo en las comunidades pipiles debió de ser lento pero progresivo, pues muchas de sus manifestaciones culturales están presentes en los restos arqueológicos que se han encontrado en varios lugares del territorio mesoamericano, además de la herencia folklórica, rica en matices regionales. Este proceso educativo fue interrumpido bruscamente por la conquista española, que les impuso otros patrones culturales; la iglesia se encargó de evangelizarlos y de borrar en ellos, mediante una cruel imposición y severos castigos, todas sus "idolatrías".

VIII SU ECONOMIA

Los pipiles obtenían para su subsistencia diversos productos de la caza, de la pesca y de la agricultura; la base principal la constituía esta última actividad, pues por medio de ella producían cereales como el maíz, legumbres y frutas. El cultivo del maíz era el de mayor importancia, le seguían el del frijol, chiles, tomates, calabazas o ayotes, papas, yucas, camotes; frutos como el cacao, aguacate, zapote, etc.

Agricultura. En el cultivo de sus parcelas usaban el huizotl o huizote en la siembra del maíz; este instrumento era una vara con la punta endurecida al fuego y les servía para abrir los hoyos donde echaban las semillas. Antes de la siembra limpiaban el terreno cortando las malezas y dándoles fuego, tal como lo hacen hoy en día muchos campesinos centroamericanos; sembraban el maíz al comenzar las lluvias y este era un acto de enorme importancia en la vida de estos pueblos. El día señalado para la siembra era un día de fiesta en el cual practicaban muchos de sus ritos religiosos para pedir a sus dioses les concedieran buenas cosechas. García Palacio nos refiere que "tomaban en unas jícaras pequeñas todas las suertes de semillas que querían sembrar y las llevaban ante el altar de sus ídolos, y en el suelo hacían un hoyo y las ponían por su orden y las cobijaban con tierra y sobre ellas ponían un brasero grande con muchas brasas y con copal y uli, y los cuatro sacerdotes se sacrificaban las orejas y narices, y por ellas se metían unas cañas largas y las quemaban ante sus ídolos. Otros veces sacaban sangre de la lengua y miembro, y pedían a sus ídolos les diesen frutos y que fructificasen todas las semillas"[99].

Herrera menciona que cultivaban chile, ají y batatas, sembraban maíz y frijoles tres veces al año; rozaban grandes montes con unas azuelas de pedernal[100].

Entre los productos agrícolas ya mencionados tenía también mucha importancia el cultivo del cacao, fruto cuyas semillas adquirieron también mucho valor durante la colonia. En tiempos anteriores a la conquista era un producto muy valioso, pues sus semillas eran usadas como moneda y era también apreciado por la bebida que se preparaba con ella, el chocolate. "Antiguamente era tan estimado, que nadie bebía del dicho cacao, que no fuese cacique, gran señor o valiente soldado"[101]. "Y es la moneda que para las cosas menudas corre de ordinario entre ellos y nosotros"[102].

Se puede apreciar la importancia del cultivo del cacao por la enorme cantidad de semillas de este fruto que tenían que pagar de tributo a los encomenderos durante la colonia, pues en los años de 1552 a 1594 daban los indios de la provincia de los Izalcos: Naolingo 330 cargas (24.000 almendras cada carga), Caluco 333 cargas, Izalco 333 cargas, etc.[103].

Es de suponer que el cultivo del algodón tuvo también mucha importancia entre los pipiles pues lo utilizaban para elaborar sus variadas prendas de vestir. Utilizaban también la fibra del maguey para hacer cordeles, hamacas, redes o matates. Extraían la resina de algunos árboles como el bálsamo, que tenía usos medicinales. De abejas silvestres obtenían cera y miel.

Caza y pesca. Otras actividades de carácter económico eran la caza y la pesca; éstas les servían para satisfacer sus necesidades vitales y para proveerles de materiales para otras actividades tales como la elaboración de objetos de pieles, de plumas preciosas, de hueso y de conchas marinas.

La caza era una actividad que practicaron todos los pueblos indígenas para proveerse de carne; esta actividad era realizada con gran júbilo por todos los miembros de las pequeñas comunidades. Se iniciaba con actos de carácter religioso para pedir a los dioses que la caza fuera abundante y sin peligros. De los productos de caza utilizaban, además de la carne, las pieles de animales como venados, tepeizcuintes, mapaches, jaguares; carne y plumas de distintas aves como paujiles, patos, perdices, quetzales, etc.

Antes de una cacería sacrificaban un venado quemando el corazón con hule ante sus ídolos. Cuando iban a efectuar una pesquería sacaban las tripas a pescados y las quemaban ante el ídolo[104].

Para hacer sus cacerías cerraban un tramo del campo, en círculo, y daban fuego alrededor, luego iban acercándose a los animales y los mataban a flechazos y a palos[105].

Las pescas las hacían atajando los ríos con tierra y ramas, dejando una pequeña salida en donde colocaban una red de cañas, y allí, nadando

mataban a los peces a palos y flechándolos. Esta actividad era realizada tanto por los hombres como por las mujeres[106].

Elaboración de tintas y colorantes. Producían tintas y colorantes para teñir sus tejidos, pintar su cerámica y para su escritura. Estas tintas las obtenían de plantas tintóreas y de minerales. Una de estas plantas tintóreas era el jiquilite, de la que elaboraban el añil que les servía para dar el color azul a sus telas de algodón. La elaboración del añil fue aprovechada por los españoles durante la colonia y fue una industria de gran valor en la economía de estos pueblos hasta mediados del siglo pasado. El color rojo lo producían de la cochinilla.

Utilización de minerales. Es importante mencionar también que explotaban minas o canteras para extraer la piedra que necesitaban para tallar y esculpir sus piezas de arte. También extraían de las minas los materiales con que fabricaban las puntas de sus flechas y lanzas. Preparaban la cal que les servía para darles un revestimiento a las paredes de sus edificios y para blanquearlos.

Sacaban la sal marina de los esteros, ésta era muy apreciada y objeto de mucho intercambio.

Comercio. El intercambio de sus productos artesanales, agrícolas, de caza, de pesca y animales domésticos se efectuaba en plazas especiales llamadas tiangüis (tianquiztli) o mercados, en donde se reunían los mercaderes de las distintas localidades para realizar su comercio. Herrera se refiere a estos mercados cuando dice: "Tenían sus mercados a las plazas, adonde contrataban con cacao, por moneda"[107].

El comercio era efectuado en dichas plazas durante sus festividades religiosas y se hacía principalmente a base de trueque, usando también el cacao como objeto de cambio.

Como no tenían animales de carga el transporte de sus productos lo hacían los hombres cargando sobre sus espaldas y las mujeres sobre la cabeza. Para llevar los productos de un lugar a otro usaban cacaxtles y canastos. Había una clase especial de cargadores para estos menesteres, los llamados tlamemes.

De lo anteriormente expuesto podemos deducir que la economía de los pipiles estaba basada en la producción de alimentos para consumo local y de algunos artículos de uso que también eran objeto de comercio local. Pocos productos salían del marco geográfico en donde se producían, aunque se sabe que hubo algún intercambio entre los pueblos del valle de México y los pipiles de Centro América, así como con los pueblos del sur.

CUADRO RESUMEN DE LA CULTURA PIPIL

1—Los pipiles llegaron procedentes del área central de México y se asentaron en el territorio centroamericano allá por el siglo VIII de nuestra era.

2—Pertenecen al grupo étnico nahua.

3—Su lengua es el dialecto pipil del tronco náhuatl.

4—En el largo trayecto de su migración hacia Centro América recibieron influencias culturales del área totonaca y olmeca (Golfo de México).

5—En los siglos X y XI d. C. se produjo un notable impulso cultural con la llegada de un grupo tolteca, el cual dejó sus huellas a lo largo del territorio centroamericano.

6—A la época de la llegada de los españoles ocupaban una extensa zona que se extendía a lo largo de la costa del Pacífico, desde Guatemala hasta Nicaragua.

7—Los sitios arqueológicos más importantes de la cultura pipil son: Santa Lucía Cotzumalhuapa y El Baúl (Escuintla, Guatemala) y Tazumal, San Andrés y Sihuatán en El Salvador.

8—Usaron el sistema mexicano de escritura y numeración.

9—Tenían un calendario civil de 365 días y uno ritual o Tonalámatl de 260 días.

10—Rendían culto a varias deidades del panteón mexicano como Tlaloc, Quetzalcoatl, Xipe-Totec.

11—Practicaban, así como los mayas y otros pueblos mesoamericanos, los sacrificios humanos y el ritual del juego de pelota.

12—Construyeron templos en forma de pirámides escalonadas hechos principalmente de adobe y piedra.

13—Como muestra de su arte tenemos las estelas de Santa Lucía Cotzumalhuapa y de El Baúl, la estela de Tazumal, el monolito de Cara Sucia, yugos y hachas; la escultura de barro de Xipe Totec, etc.

14—La base principal de su subsistencia era el cultivo del maíz.

15—Su comercio lo efectuaban en los tianguis o mercados a base de trueque o usando el cacao como moneda.

16—Utilizaron además de los productos agrícolas, los obtenidos de la caza y de la pesca. Domesticaron el perro, el pavo y otras aves.

NOTAS

1—Cyrus Thomas, **Introduction to the study of North American Archaeology**, 1903.

2—Wigberto Jiménez Moreno, **Síntesis de la Historia Pretolteca de Mesoamérica, Esplendor del México Antiguo**, v. 2 p. 1076-1077.

3—Véase arte, p. 37-40.

4—Jiménez Moreno, **op. cit.** p. 1076-1077.

5—El verdadero nombre de este sitio, según Jiménez Moreno, es **Cozamaloapan** y no Cotzumalhuapa como lo nombran los demás autores y aparece en los mapas de Guatemala.

6—Jiménez Moreno, **op. cit.** p. 1019-1108.

7—Olmecas históricos y no los "olmecas" arqueológicos de la cultura de la Venta.

8—Aproximadamente en el año 800 d. C.; Jiménez Moreno, **op. cit.** p. 1077.

9—Jiménez Moreno, **op. cit.** p. 1082.

10—**Ibid.** p. 1089.

11—**Ibid.**

12—Samuel Kirkland Lothrop. **Pottery types and their sequence in El Salvador,** 1927, p. 192.

13—John Eric Thompson, **An archaelogical reconnaissence in the Cotzumalhuapa region, Escuintla, Guatemala,** 1948, p. 11, **Apud** Torquemada.

14—Jiménez Moreno, **op. cit.** p. 1076.

15—Thompson, **op. cit.** p. 15.

16—Walter Krickeberg, **Las Antiguas Culturas Mexicanas,** 1961, p. 37-38.

17—Walter Krickeberg. **Los Totonaca,** 1933, p. 118.

18—Topiltzín Ce Acatl (Nuestro Señor 1 Caña), destronado rey-sacerdote de Tula, fue obligado a emigrar allá por el año 999 d. C. a la región de Tlapallan "país de la aurora", llamado también Tlillan Tlapallan. Krickeberg, 1961, p. 208.

19—Krickeberg, 1961, p. 217.

20—**Ibid.** p. 37-38.

21—Thompson, **op. cit.** p. 11.

22—**Ibid.** p. 13.

23—José Ricardo Castaneda Paganini, **La Cultura Tolteca-Pipil de Guatemala,** 1959, p. 10.

24—Herbert Joseph Spinden, **Notes of the archaeology of Salvador,** 1915, p. 447.

25—Ada d'Aloja, **Informe sobre la investigación antropológica demográfica en Guatemala, Honduras y El Salvador,** 1939, p. 27.

26—Mauricio Swadesh, **Estudios sobre lengua y cultura.** Acta anthropologica, 1960. p. 148.

27—Thomas, **op. cit.** p. 320.

28—Krickeberg, 1961, p. 38.

29—**Ibid.**

30—Diego García Palacio, **Relación hecha por el licenciado Palacio al Rey D. Felipe II, en la que describe la Provincia de Guatemala, las costumbres de los Indios y otras cosas notables,** 1866. p. 7.

31—Manuel Orosco y Berra, **Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México,** 1864, p. 11.

32—John Eric Thompson, **Dating of Certain Inscriptions of Non Maya Origin,** 1941, Apud Ximénez, p. 32.

33—Otto Stoll, **Etnografía de Guatemala,** 1958. 29-39.

34—Stoll, **op. cit.** p. 2-3.

35—John Alden Mason, **Idiomas Indígenas y su Estudio,** 1943. p. 238-239.

36—Antonio de Herrera, **Historia General de las Indias Occidentales o Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano,** 1728, v. 2, p. 24.

37—Thompson, **An archaeological reconnaissence in... Apud** Fuentes y Guzmán, p. 13.

38—García Palacio, **op. cit.** p. 34.

39—Herrera, **op. cit.** p. 207.

40—**Ibid.** p. 103.

41—Fernando Espino, **Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de Teguisgalpa, llamados Xicaques,** 1908, p. 367.

42—Herrera, **op. cit.** p. 104.

43—García Palacio, **op. cit.** p. 29.

44—**Ibid.** p. 30.

45—**Ibid.** p. 34.

46—Herrera, **op.** cit. p. 383.

47—Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. **Libro Viejo de la Fundación de Guatemala y papeles relativos a D. Pedro de Alvarado**, p. 49.

48—Herrera, **op. cit.** p. 383.

49—Thompson, **An archaeological reconnaissence in**. . ., p. 13.

50—Herrera, **op. cit.** p. 103.

51—García Palacio, **op. cit.** p. 33.

52—**Ibid.** p. 34.

53—Espino, **op. cit.** p. 366-367.

54—Herrera, **op. cit.** p. 32.

55—García Palacio, **op. cit.** p. 32.

56—**Ibid.** p. 32-33.

57—Pedro Cortés y Larraz, **Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala**, v. 1, p. 119 y 133.

58—Herrera, **op. cit.** p. 383.

59—Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, **Recordación Florida. Discurso Historial y Demostración Natural, Material, Militar y Política del Reyno de Guatemala**, 1932, p. 146.

60—Herrera, **op. cit.** p. 382.

61—Fuentes y Guzmán, **op. cit.** p. 146-147.

62—**Ibid.**

63—García Palacio, **op. cit.** p. 26-27.

64—Herrera, **op. cit.** p. 384.

65—García Palacio, **op. cit.** p. 27-28.

66—**Ibid.** p. 28-29.

67—**Ibid.** p. 29-30.

68—Véase García Palacio, **op. cit.** p. 27-31.

69—García Palacio, **op. cit.** p. 27.

70—Bernardino de Sahagún, **Historia General de las Cosas de la Nueva España**, v. 1, cap. V, p. 18.

71—Herrera, **op. cit.** p. 383.

72—Sahagún, **op. cit.** p. 28.

73—**Ibid.** p. 3.

74—Spinden, **Notes of the archaeology of Salvador**, p. 475.

75—Robert Ritzenthaler, **Recent Monument Worship in Lowland Guatemala**, 1963, p. 107-116.

76—Véase Spinden, **Notes of the archaeology of Salvador**, p. 472-480.

77—Miguel Covarrubias, **Arte Indígena de México y Centroamérica**, p. 210.

78—Thompson, **Dating of Certain Inscriptions**. . . p. 40.

79—Citado por Spinden, **Notes of the archaeology of Salvador**, p. 40.

80—Michael D. Coe, **Ancient Peoples and Places-Mexico,** p. 119-120.

81—Jiménez Moreno, **op. cit.** p. 1082.

82—Spinden, **Ancient Civilizations of Mexico and Central America,** American Museum of Natural History, New York, Handbook Series Nº 3. **p.** 166.

83—Thompson, **An archaeological reconnaissence in**... p. 18-19.

84—Lothrop, **op. cit.** p. 196.

85—Herrera, **op. cit.** p. 103.

86—García Palacio, **op. cit.** p. 27-28.

87—Herrera, **op. cit. p.** 24.

88—**Ibid.** p. 104.

89—Fuentes y Guzmán, **op. cit.** p. 126.

90—Thompson, **An archaeological reconnaissence in**... p. 13.

91—**Ibid.**

92—Spinden, **Ancient Civilizations**... p. 201.

93—Herrera, **op. cit.** p. 389.

94—Eduard Seler, **Comentarios al Código de Borgia,** v. 1, p. 11.

95—**Ibid.**

96—**Ibid.**

97—Herrera, **op. cit.** p. 383.

98—Thompson, **An archaeological reconnaissence in**... p. 13.

99—Para una mayor información sobre el calendario mexicano-centroamericano, véase Rudolf Schuller **Sobre el Calendario de los Antiguos Nahua-Mejicanos y Pipil Nicarao,** Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística, v. 1 Nº 1 y 2, San Salvador, 1925.

100—García Palacio, **op. cit.** p. 30-31.

101—Herrera, **op. cit.** p. 382.

102—García Palacio, **op. cit.** p. 14.

103—**Ibid.**

104—Juan de Pineda, **Descripción** de la **Provincia de Guatemala, Año** 1594, p. 432.

105—García Palacio, **op. cit.** p. 31.

106—Herrera, **op. cit.** p. 382.

107—**Ibid.**

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Acosta, José de. HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS, en que se tratan las cosas notables del cielo y elementos, metales, planetas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno y guerras de los indios, Sevilla, 1590.

Aloja, Ada d'. INFORME SOBRE LA INVESTIGACION ANTROPOLOGICA DEMOCRAFICA EN GUATEMALA, HONDURAS Y EL SALVADOR, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1939, Pub. 39.

Barberena, Santiago I. HISTORIA DE EL SALVADOR, Ministerio de Educación, 1966-1969.

Barra y Valenzuela, Pedro. LOS NAHOAS, HISTORIA, VIDA Y LENGUAS, México, Bartolomé Trucco, edit. 1953.

Batres Jáuregui, Antonio, LOS INDIOS, SU HISTORIA Y SU CIVILIZACION. Guatemala, Tip. La Unión, 1894.

Benavente, Toribio de (Motolinía). HISTORIA DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA, Prólogo Fray Gabriel Sánchez, México, Salvador Chávez Hayhoe, edit. 1941.

Berendt, C. H. REMARKS ON THE CENTRES OF ANCIENT CIVILIZATION IN MEXICO AND CENTRAL AMERICA AND THEIR GEOGRAPHICAL DISTRIBUTION. Bull. Amer. Geog. Soc., Sess. 1875-6, N° 2, New York, 1876.

Berlin, Heinrich. HISTORIA TOLTECA-CHICHIMECA. ANALES DE QUAUHTINCHAN, Versión de Heinrich Berlin. Prólogo de Paul Kirchhoff, México, Antigua Librería de José Porrúa e hijos, 1947.

Beyer, Herman y Blom, Franz. STUDIES IN MIDDLE AMERICA. Eight Research papers relating to Mexico, Central America and the West Indies, New Orleans, Tulane University, 1934, Pub. N° 5.

Brinton, Daniel G. ESSAYS OF AN AMERICANIST, Filadelfia, Porter and Coates, 1890.
THE NATIVE CALENDAR OF CENTRAL AMERICA AND MEXICO. A study of Linguistics and Simbolism, Philadelphia, Proc. Amer. Philos, Soc. v. XXXI, 1893.

Bureau of American Ethnology. MEXICAN AND CENTRAL AMERICAN ANTIQUITIES, CALENDAR SISTEMS AND HISTORY, Washington, D. C., 1904. Bull. 28.

Burland, Cottie A. ART AND LIFE IN ANCIENT MEXICO, Prólogo Norman Pelham Wright, Oxford, Bruno Casirer, edit. 1948.

Canals Frau, Salvador. LAS CIVILIZACIONES PREHISPANICAS DE AMERICA, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1959.

Castaneda Paganini, Ricardo. LA CULTURA TOLTECA-PIPIL DE GUATEMALA, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1959.

Coe, Michael D. ANCIENT PEOPLES AND PLACES. MEXICO, New York, Frederick A. Praeger, edit., 1962. (Serie Ancient Peoples and Places Nº 29).

Corona Núñez, José. ¿CUAL ES EL VERDADERO SIGNIFICADO DEL CHAC MOOL? Tlatoani v. 1, Nº 5 y 6, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1952.

Cortes Society, The. AN ACOUNT OF THE CONQUEST OF GUATEMALA IN 1524 BY PEDRO DE ALVARADO, Prólogo Marshall H. Seville, New York, Sedley J. Mackie, edit. The Cortes Society, 1924.

Cortés y Larraz, Pedro. DESCRIPCION GEOGRAFICA-MORAL DE LA DIOCESIS DE GOATHEMALA, Prólogo de Adrián Recinos, Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, 1958. (Biblioteca Goathemala v. XX).

Covarrubias, Miguel. ARTE INDIGENA DE MEXICO Y CENTROAMERICA, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

Díaz del Castillo, Bernal. HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA, Intr. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Edit. Porrúa, 1967.

Disselhoff, Hans Dietrich. LES GRANDES CIVILIZATIONS DE L'AMERIQUE ANCIENNE, Trad. del alemán por Paul Stephano, Francia, 1963. (Col. Signes des Temps XVII).

Durán, Diego. HISTORIA DE LAS INDIAS DE NUEVA ESPAÑA, México, José F. Ramírez, edif., 1867.

Espino, Fernando. RELACION VERDADERA DE LOS INDIOS INFIELES DE LA PROVINCIA DE TEGUISGALPA, LLAMADOS XICAQUES, Madrid, Victoriano Suárez, 1908. (Col. de libros y documentos referentes a la Historia de América v. 8).

Fernández de Oviedo, Gonzalo. HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, Prólogo de José Amador de los Ríos, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851.

Fernández, León. LENGUAS INDIGENAS DE CENTRO AMERICA EN EL SIGLO XVIII, según copia del Archivo de Indias, San José, Costa Rica, Ricardo Fernández Guardia y Juan Fernández Ferraz, edit. Tip. Nacional, 1892.

Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de. RECORDACION FLORIDA. Discurso Historial y Demostración Natural, Material, Militar y Política del Reyno de Guatemala, 3 v. Prólogo de J. Antonio Villacorta C., Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, 1932, (Biblioteca Goathemala, v. VI, VII y VIII).

García Palacio, Diego. RELACION HECHA POR EL LICENCIADO PALACIO AL REY D. FELIPE II en la que describe la Provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables, Madrid, Luis Torres de Mendoza, edit., 1866.

Henning, Paul. LA ARQUEOLOGIA MEXICANA COMO NORMA PARA EL ESTUDIO DE LAS ANTIGUEDADES NAHOA-PIPILES. EL XIPE DE TAZUMAL DE CHALCHUAPA, DEPARTAMENTO DE SANTA ANA, REP. DE EL SALVADOR, México, Servicio de Informaciones en México, 1918.

Herrera, Antonio de. HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS OCCIDENTALES O HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO, 3 v., Amberes, Juan Bautista Verdussen, edit., 1728.

Jiménez Moreno, Wigberto. SINTESIS DE LA HISTORIA PRETOLTECA DE MESOAMERICA. ESPLENDOR DEL MEXICO ANTIGUO, 2 v. (p. 1019-1108), México, Centro de Investigaciones Antropológicas, 1959.

Krickeberg, Walter. LOS TOTONACAS, Trad. de Porfirio Aguirre, México, Secretaría de Educación Pública, 1933.
LAS ANTIGUAS CULTURAS MEXICANAS, Trad. Sita Garst y Jazmín Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

Landa, Diego de. RELACION DE LAS COSAS DE YUCATAN, Int. y notas de Héctor Pérez Martínez, México, Pedro Robredo, edit., 1938.

Lehmann, Henri. LAS CULTURAS PRECOLOMBINAS, Trad. Mariano Payró de Bonfat, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

León Portillo, Miguel. EL REVERSO DE LA CONQUISTA, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1964.

Lothrop, Samuel Kirkland. POTTERY TYPES AND THEIR SEQUENCE IN EL SALVADOR, Nueva York, Museum of American Indians Heye Foundation, 1927 (Indian Notes and Monographs, v. 1, Nº 4, p. 165-220).

Mason, John Alden. THE NATIVE LANGUAGES OF MIDDLE AMERICA. THE MAYA AND THE NEIGHBORS, New York, Appleton Century Company Inc., 1940. (p. 52-88).
IDIOMAS INDIGENAS Y SU ESTUDIO. AMERICA INDIGENA. V. III, Nº 3, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1943.

Melgarejo Vivanco, José Luis. HISTORIA DE VERACRUZ, 2 v., Veracruz (México), Gobierno de Veracruz, 1949.

Mendizábal, Miguel Othón de. CIVILIZACIONES ABORIGENES AMERICANAS, México, Museo Nacional, 1924. (Ensayos sobre las Civilizaciones Aborígenes Americanas).

Molina, Alonso de. VOCABULARIO EN LENGUA CASTELLANA Y MEXICANA, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1944. (Col. de Incunables Americanos Siglo XVI, v. IV).

Montessus de Balore, F. de. ETUDES ARCHAEOLOGIQUES SUR LE SALVADOR PRECOLOMBIEN, Congreso Internacional de Americanistas, 8ª Sesión 1890, p. 525-532, París, Ernest Leroux, 1892.

Motolinia, Toribio de. Véase Benavente, Toribio de.

Orosco y Berra, Manuel. GEOGRAFIA DE LAS LENGUAS Y CARTA ETNOGRAFICA DE MEXICO, México, J. M. Andrade y F. Escalante, 1864.

Pineda, Juan de. DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE GUATEMALA —AÑO DE 1594—, Ms. original Archivo General de Indias, Madrid, Victoriano Suárez, 1908. (Col. de Libros y Documentos referentes a la Historia de América, v. 8).

Piña Chan, Román. MESOAMERICA. ENSAYO HISTORICO CULTURAL, México, Instituto de Antropología e Historia, 1960.

Ramírez, José Fernando, Edit. PROCESO DE RESIDENCIA CONTRA PEDRO DE ALVARADO, Paleografía de Ignacio Rayón, México, José Fernando Ramírez, 1847.

RELACIONES HISTORICAS Y GEOGRAFICAS DE AMERICA CENTRAL, Int. y notas por Manuel Serrano Sanz, Madrid, Victoriano Suárez, 1908. (Col. de Libros y Documentos referentes a la Historia de América, 8 v. t. VIII).

Remesal, Antonio de. HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS OCCIDENTALES Y PARTICULAR DE LA GOBERNACION DE CHIAPAS Y GUATEMALA. Prólogo de Manuel Valladares, Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, 1932. (Biblioteca Goathemala v. V).

Ritzenthaler, Robert. RECENT MONUMENT WORSHIP IN LOWLAND GUATEMALA, New Orleans, Tulane University, 1963. (Middle American Research Institute, Pub. 28).

Sahagún, Bernardino de. HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA, 3 v. México, Carlos María Bustamante, 1829.

Schuller, Rudolf. SOBRE EL CALENDARIO DE LOS ANTIGUOS NAHUA-MEJICANOS Y PIPIL NICARAO, Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística, San Salvador, Ministerio de Instrucción Pública, 1925. (V. 1, Nº 1 y 2).

Seler, Eduard. COMENTARIOS AL CODICE BORGIA, 3 v. Trad. Mariana Frenk, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. LIBRO VIEJO DE LA FUNDACION DE GUATEMALA y papeles relativos a D. Pedro de Alvarado, Prólogo de Jorge García Granados, Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, 1934. (Biblioteca Goathemala v. XII).

Spinden, Herbert Joseph. NOTES OF THE ARCHAEOLOGY OF SALVADOR, AMERICAN ANTROPOLOGIST, v. 17, Lancaster, PA. U. S. A., 1915.
ANCIENT CIVILIZATIONS OF MEXICO AND CENTRAL AMERICA, New York American Museum of Natural History, 1917. (Handbook Serie Nº 3).

Squier, Ephraim G. THE STATES OF CENTRAL AMERICA. New York, Harper and Brothers, Pub. 1858.

Stoll, Otto. ETNOGRAFIA DE GUATEMALA, Trad. y Prólogo Antonio Goubaud Carrera, Guatemala, Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1958.

Stone, Doris. THE ULUA VALLEY AND LAKE YOJOA. THE MAYA AND THEIR NEIGHBORS, Cap. XXIX p. 386-394, New York, D. Appleton Century Company, Inc., 1940.

Swadesh, Mauricio. ESTUDIOS SOBRE LENGUA Y CULTURA. ACTA ANTHROPOLOGICA, 2ª época II-2, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1960.

Thomas, Syrus. INTRODUCCION TO THE STUDY OF NORTH AMERICAN ARCHAEOLOGY, 2ª ed., Cincinnati, The Robert Clarke Company, 1903.

Thomas Cyrus and Swanton, John R. INDIAN LANGUAGES OF MEXICO AND THEIR GEOGRAPHICAL DISTRIBUTION, Washington, Bureau of American Ethnology, 1911. (Bull. 44).

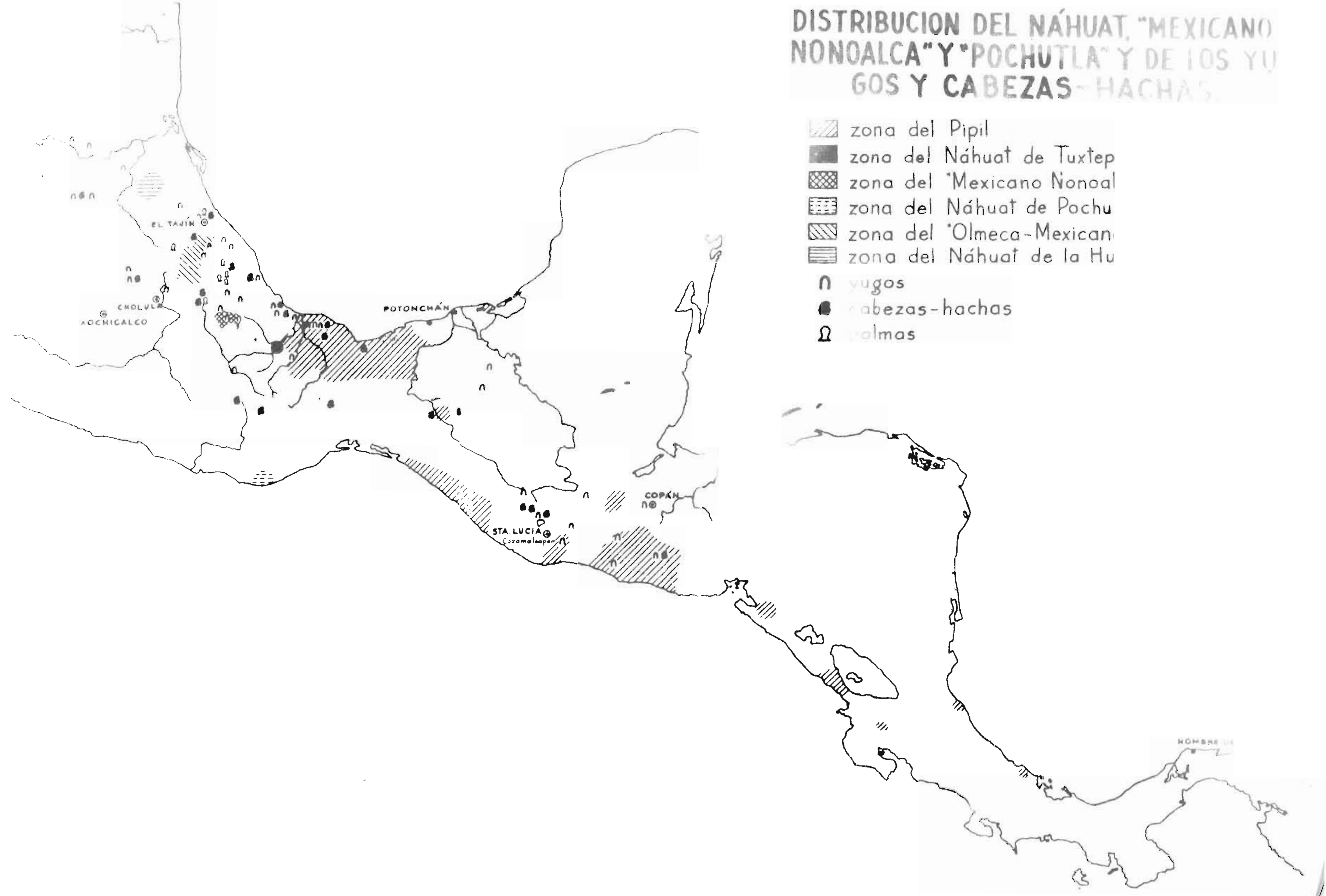
Thompson, John Eric. DATING OF CERTAIN INSCRIPTIONS OF NON MAYA ORIGIN, Washington, Carnegie Institution, 1941. (Carnegie Institution of Washington Division of Historical Research Nº 1, July 1941).
—AN ARCHAEOLOGICAL RECONNAISSENCE IN THE COTZUMALHUAPA REGION, ESCUINTLA, GUATEMALA. Contributions to American Anthropology and History, v. IX Nº 44-47, Washington, D. C., Carnegie Institution, 1948.

Torquemada, Juan. MONARQUIA INDIANA, 3 v. 3ª ed., México, Edit. Salvador Chávez Hayhoe, 1943.

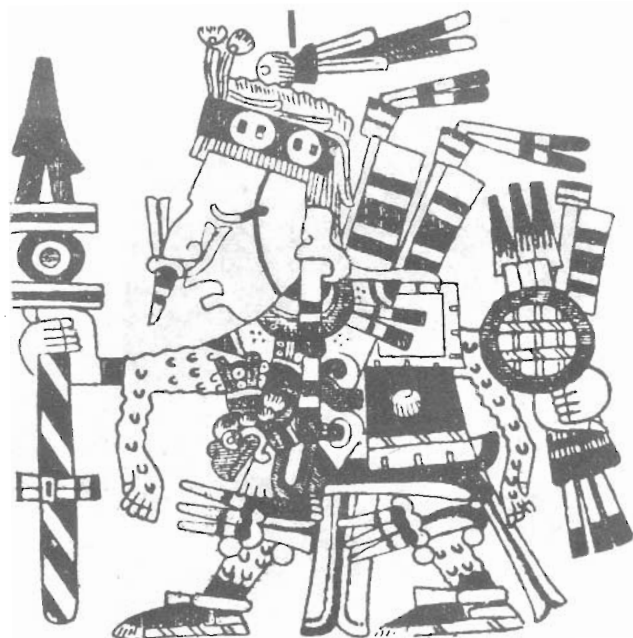
Toscano, Salvador. ARTE PRECOLOMBINO DE MEXICO Y DE LA AMERICA CENTRAL, Prólogo de Manuel Toussaint, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1952.

Ximénez, Francisco. HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN VICENTE DE CHIAPAS Y GUATEMALA, 3 v., Prólogo de J. Antonio Villacorta C., Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, 1929. (Biblioteca Goathemala).

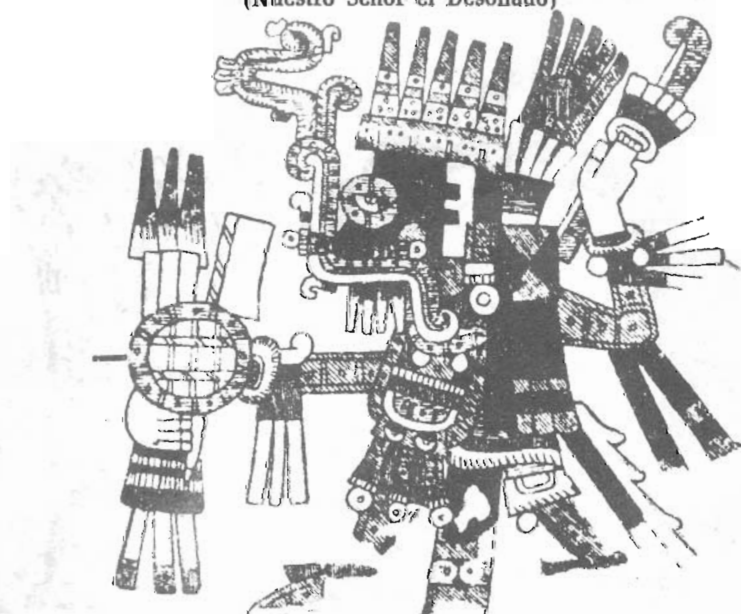
Zaragoza, Justo. Edit. CARTAS DE INDIAS, Prólogo de Justo Zaragoza, Madrid, Ministerio de Fomento, 1877.



DISTRIBUCION DEL NÁHUAT, "MEXICANO
NONOALCA" Y "POCHUTLA" Y DE LOS YU
GOS Y CABEZAS-HACHAS
zona del Pipil
zona del Náhuat de Tuxtep
zona del "Mexicano Nonoal
zona del Náhuat de Pochu
zona del "Olmeca-Mexican
zona del Náhuat de la Hu
yugos
abezas-hachas
almas
EL TAJÍN
CHOLULA
POTONCHÁN
COPÁN
STA. LUCIA



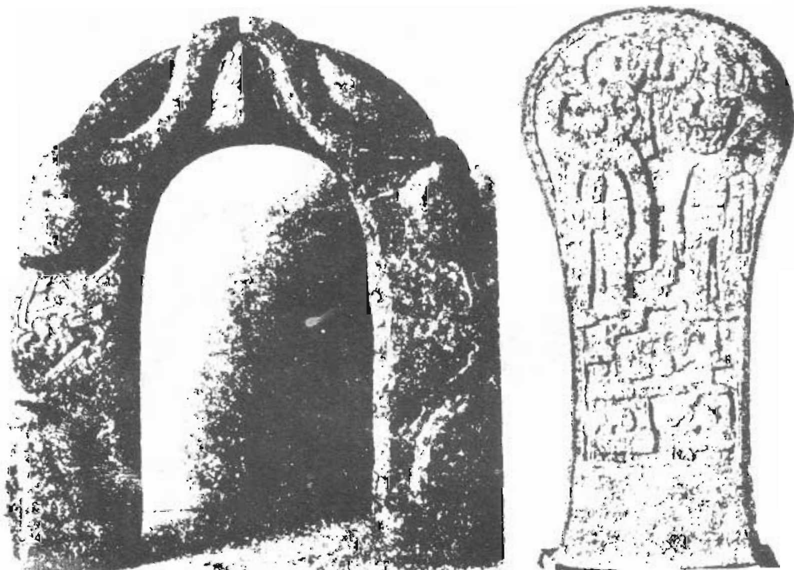
1—XIPE TOTEC
(Nuestro Señor el Desollado)



2—TLALOC
(Dios de las lluvias)



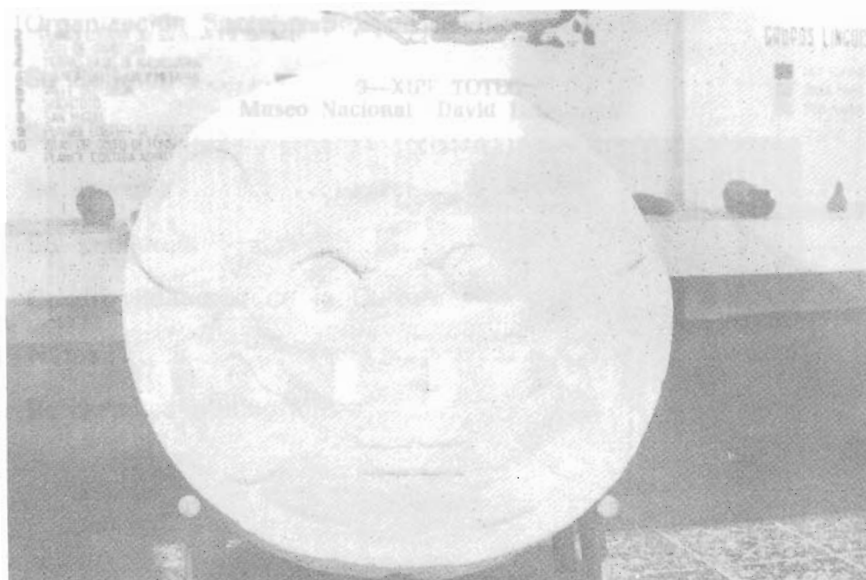
3—HACHA
Chilanga, Depto. de Morazán, El Salvador.



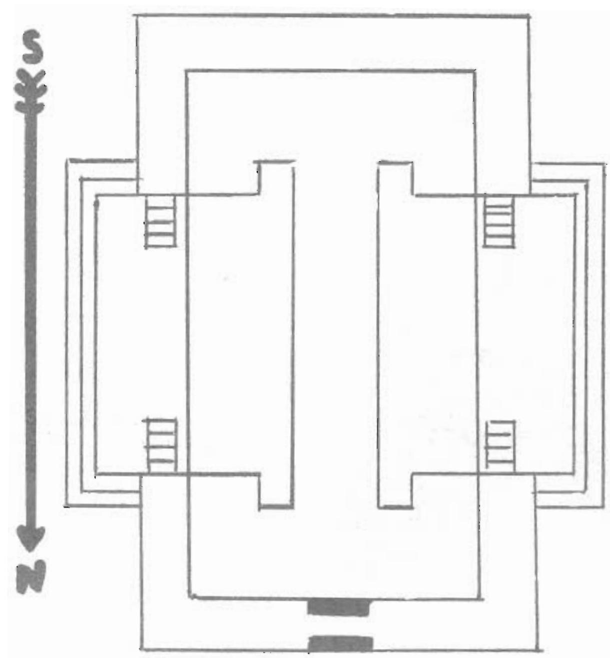
4—YUGO Y PALMA
Area Totonaca, Estado de Veracruz, México.



5—ESTELA DE TAZUMAL
Museo Nacional "David J. Guzmán"



6—DISCO SOLAR
Disco solar o Monolito de Cara Sucia.
Museo Nacional "David J. Guzmán"



7—PLAZA DEL JUEGO DE PELOTA.



8—RUINAS DE TAZUMAL,
Chalchuapa, El Salvador.



9—XIPE TOTEC
Museo Nacional "David J. Guzmán"



10—CHAC MOOL
Museo Nacional "David J. Guzmán"



11—MONUMENTO 21
Detalle Monumento 21.
Santa Lucía, Cotzumalhuapa, Guatemala.

I N D I C E

Esta edición consta de 10.000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 7 de octubre de 1976 en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, Centro América

